

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

UNA CARTA.

(Novela.)

CAPITULO I.

EL ENANO-JOROBADO.

—Farruco, dijo el señor Lozarich, al subir á una silla de posta que le esperaba en la puerta de su casa de campo; no olvides lo que te he encomendado; ¡ojo alerta! Confío en tu fidelidad é inteligencia.

—Vaya tranquilo mi amo, respondió Farruco con una sonrisa equívoca; ausente ó presente lo sabrá todo.

El conductor castigó á las mulas, y el carruaje partió á galope.

Lozarich era un rico comerciante de Barcelona. Representaba de cuarenta y ocho á cincuenta años, y aunque de edad bastante proveya y de un físico nada lisongero, habia cometido la insensatez de casarse con una jóven madrileña de ilustre linaje, pero sin fortuna. Carmen de Ricarte era tan bella, tan impresionable y poética, como su vetusto marido vulgar, duro y prosaico.—Achaque natural en los catalanes.

La pobre jóven era digna de compasion, no solo

desgracia jorobado, patizambo y de pequeña estatura; desventajas que apenas estaban compensadas por la vigorosa musculatura y la fuerza de un atleta. Era, para decirlo todo de una vez, una segunda edicion del famoso Quasimodo de *Nuestra Señora de Paris*, prescindiendo de la talla, que lejos de competir con la del gigante de Victor Hugo, se acercaba mas á la de los lapones ó samoyedos.

Y puesto que nuestros lectores conocen ya á este personaje, que tan principal papel representa en esta verdadera historia, les rogamos que nos acompañen por algunos minutos á la reducida bohardilla donde tiene su habitacion. Vedlo gravemente sentado con los dos codos apoyados en el borde de la mesa, y al parecer sumergido en hondas meditaciones; oid las palabras entrecortadas que se escapan de sus labios, y los debates que en voz alta sostiene consigo mismo, porque debo advertiros que este miserable, privado por su ruindad del trato de sus iguales, se deleita en hablarse á si propio, en interrogarse y responderse, en ser oyente y orador á la vez.

—¡Oh! ¡si yo fuese rico! repetia, ¡si yo fuese rico! y una risa sombría y diabólica, dilataba sus abultados labios y hacia aparecer mas grande su enorme boca.

—Mujeres... que hoy me desprecian... placeres, alegría, felicidad que nunca he conocido... ¡Es preciso que yo sea rico!... ¡Por ser rico daría mi alma á Satanás!

y placeres mundanos. Tenia sed veheméntísima de ellos por lo mismo que nunca los habia disfrutado sino á hurtadillas. Es sabido que la privacion engendra el deseo.

Trascurrieron algunos dias y Carmen apenas salia por las mañanas y por las tardes á dar una vuelta por los jardines: el resto del tiempo lo pasaba encerrada en sus habitaciones, leyendo sus poetas favoritos.

¡Bella es la esposa de Lozarich! dulce y melancólica su fisonomía; grandes sus ojos de color azul celeste; suave y trasparente su cutis que la menor emocion matiza con un ligero tinte de rosa; blondos sus cabellos, que reflejan una aureola de luz en torno de su rostro angelical, cuando un rayo de sol penetra y brilla al través de sus largas y sedosas trenzas.

A los dos ó tres dias de la ausencia de su marido, Carmen parecia agitada de vagos é indefinibles sentimientos: todas las tardes, despues de comer, iba á pasearse sola y pensativa por las sombrías alamedas de la casa de campo, y no volvia hasta muy tarde, á veces hasta la media noche.

La luna acababa de aparecer en el firmamento; pero su luz pálida é incierta, absorbida por las nubes que la rodean, apenas aclaraba débilmente el estrecho sendero donde ella se encuentra.

Saca el reloj y vé con ansiedad la hora... son las once.... Carmen aprieta el paso, y volviendo la cabeza para cerciorarse que nadie la espía, se dirige á una pequeña puerta, situada en el extremo opuesto de la pared que rodea la casa de campo.

Vuelve á mirar el reloj;—*ya es la hora*, dice, y dá dos ligeras palmadas que el eco repite.

La puerta se abre, y entra un hombre embozado en una capa.

La jóven y el desconocido cambian algunas palabras en voz baja y desaparecen juntos en la oscuridad.

Entonces, si alguna persona oculta hubiese estado en acecho, hé aqui lo que habria oido:

—Soy feliz, Carmen, me vuelves la vida cuando iba á morir.

—¡Ricardo!

—Si... deseaba verte, deseaba hablarte, siquiera una vez sola antes de alejarme para siempre de Cataluña.

—Esta sola consideracion me ha hecho acceder á tus deseos... porque de lo contrario, no me hubiera atrevido nunca á abusar de la confianza de mi esposo, admitiéndote en su casa de una manera tan sospechosa. ¿Qué opinion se formaria de mí cualquiera que nos viese? ¿Creeria que nuestras relaciones son tan puras como antes de mi matrimonio?

—¡Oh! no tengas recelo alguno... te amo demasiado para querer hacerme desgraciada... ya sé que no eres feliz, y no seré yo quien agrave tu situacion. Nadie aqui me conoce; todos me creen en Barcelona.

—No obstante, mi marido puede volver de un momento á otro....

—Dime una palabra y me retiraré.... ¡huiré no ya de aqui, de España si es preciso!

—¡Ricardo, Ricardo! no me hables con ese tono de sombría desesperacion. El destino nos separa, no mi voluntad.

—Lo sé: pero no puedo sobreponerme á mi dolor. Solo me resta una esperanza....

—¿Cuál?

—¡La muerte!

Ardientes lágrimas inundaron el rostro de la hermosa, y su amante al verla llorar, sintió que el llanto se agolpaba tambien á sus ojos. Por un movimiento involuntario Carmen se arrojó en sus brazos, é iba él á estrecharla contra su corazon, cuando oyeron ó creyeron oír entrambos un ruido sordo á poca distancia. Aquel extraño ruido parecia el de un hombre que marchaba con gran precaucion sobre las hojas secas, deteniéndose á intervalos y separando las ramas con tiento para no ser sentido.

—¡Gran Dios!—esclamó ella trémula y azorada,—¿no has oido?... Alguien nos espía... vete.

—No te asustes, Carmen, contestóla el jóven afectando una serenidad que estaba muy lejos de ser sincera; es el ruido del viento entre las hojas.

—No... escucha....

El ruido continuaba, en efecto, aunque en direccion opuesta.



Vista de Barcelona.

por la diversidad de carácter, gustos é inclinaciones, sino tambien á causa de los celos y de la eterna desconfianza de su esposo, cuyo maldito humor y despotismo eran cada dia mas insoportables. Estaba celoso de quanto conocia y trataba, y muy principalmente de un jóven artista sevillano, llamado Ricardo Monleon, jóven de alma tan ardiente y entusiasta como la de Carmen, á quien habia conocido en la corte antes de su matrimonio. Escusamos añadir que la amaba con una adoracion profunda, si bien llevaba su delicadeza á tal extremo, que encontrándose en Barcelona, no habia querido presentarse en la casa de campo de Lozarich, situada á pocas leguas de aquella ciudad, solo por no despertar sus sospechas.

Sabia que Carmen era desgraciada, y no queria hacerla aun mas infeliz, justificando los infundados celos de su marido.

Entre los criados de Lozarich habia uno horriblemente feo, á quien llamaban Farruco en vez de Francisco que era su nombre de pila. Todos en la casa le profesaban grande odio, aunque no se lo demostraban por el miedo que les inspiraba. Lozarich tenia una confianza ilimitada en él, y le hacia depositario hasta de sus mas recónditos secretos.

No os diremos ahora de qué medios se habia valido Farruco ó Farruquin, como le apellidaba su amo, en sus ratos de buen humor, para establecer su preponderancia sobre los demas criados y en el ánimo de Lozarich. Basta asegurarnos que era feo, muy feo, y para colmo de

El enano se puso en pie, y furioso descargó un puñetazo sobre la mesa, añadiendo:

—Y lo seré... ¡voto al diablo!... Lo seré... si... ¿Y por qué no?... Ahora se me presenta una ocasion que no dejaré escapar... Aqui se preparan cosas que mi buen amo ignora... ¡Mi buen amo!... el imbécil, que siempre está divirtiéndose á su muger con mi fealdad, como si yo tuviese la culpa de haber nacido así: ¡Oh! ¡me vengaré!...

El jorobado pareció reflexionar; luego movió dos ó tres veces la cabeza y añadió con tono decidido:

—Tan pronto como descubra ese secreto lo explotaré sin misericordia... Amante, muger, esposo... todos contribuirán á sacarme del estado de abyeccion en que me encuentro... de lo contrario unos me vengarán de los otros. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

Una sonora carcajada retumbó en el estrecho aposento. El perverso enano se reia con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿Por qué no he de tener yo un palacio, coche, mugeres hermosas, una mesa opipara y abundante Champagne, ese exquisito vino que tanto me gusta y que solo cato á mis anchas de Pascuas á Navidades, cuando á fuerza de astucia consigo extraer algunas botellas de la bodega de mi amo? Lo dicho... ¡es necesario que yo sea rico, muy rico!...

Tal era con algunas variantes el tema sempiterno de todas sus meditaciones. Farruco deseaba enriquecerse á toda costa, á fin de bartarse de todos los goces

—Vete, Ricardo, vete, y no vuelvas mas.... Escríbeme y yo te contestaré, repuso Cármen cada vez mas sobresaltada.

—Te obedezco.... murmuró el leal amante llevando á sus labios la mano de la jóven que temblaba y paseaba en todas direcciones sus ojos despavoridos.

Pasaron ocho días y Ricardo no volvió ni escribió, como ella le indicara. Este silencio llenó á Cármen de angustia, y valorando por sus propios padecimientos los de su amante, se determinó á escribirle á fin de tener noticias suyas. Encerróse en su gabinete, y dejándose arrastrar del vértigo que sentía, trazó con mano insegura, en rasgos tan desordenados, tan apasionados y ardientes como el estado de su alma, la historia de sus malhadados amores, de sus desengaños y amarguras. Su corazón rebosaba y quería derramar en un pecho amigo los pesares de que estaba lleno.

Mas de tres horas pasó escribiendo y cuando hubo concluido aquella larga carta, la cerró con lacre y la escondió entre las hojas de un libro, que colocó luego entre otros que decoraban el estante de donde le habia cogido.

La fiebre la devoraba; sentía un malestar indecible, y con el objeto de serenarse fuese á dar una vuelta por los jardines. La noche estaba deliciosa, aunque algo fria como noche de invierno.

Todavía resonaba el eco de sus pasos en las piezas vecinas, cuando crugió un resorte, abrióse una puerta secreta, y un hombre apareció en el fondo del gabinete.

—¿Quién era aquel hombre?... la oscuridad no nos permite distinguir sus facciones; pero ya el lector habrá adivinado que no podia ser otro que el perverso enano.

Acercóse al armario cautelosamente, y como si sus ojos estuviesen dotados de la facultad de ver en las tinieblas como los gatos, cogió sin vacilar el libro en que estaba la carta, y se la guardó, volviendo á poner el volumen en su lugar correspondiente.

Al volver Cármen de su paseo nocturno, estaba tan fatigada que se metió al punto en la cama. Lúgubres y fatigosos ensueños la preocuparon hasta el amanecer. A esa hora se levantó, y llamando á Eugenia, su doncella, la dijo:

—Voy á darte una carta para Monleou: y es preciso que se la lleves ahora mismo:

—Desconfío hallarle, señorita.... me parece que ya no se encuentra en estos alrededores.

—En ese caso, vete hasta el pueblo inmediato y échala en el correo.

—Bien.

Cármen y la doncella pasaron de la alcoba al gabinete; pero con gran sorpresa de la primera, la carta no parecia dentro de las hojas del libro donde la habia escondido.

La esposa de Lozarich, mas pálida que un cadáver, abrió, hojeó y sacudió uno tras otro todos los libros de su pequeña biblioteca, aunque no le quedaba la menor duda de que habia puesto la carta en el que cogió primero, y que no podia equivocarse con ningun otro, porque era el único encuadrado en terciopelo.

—¡Virgen Santísima! exclamó no bien se hubo convencido de la inutilidad de sus pesquisas; ¡esto es pérdida! Alguien ha entrado aquí y me ha robado esa carta! Tal vez ese vil que me acecha á todas horas....

Al mismo tiempo golpearon suavemente á la puerta; abrió Eugenia, y entró el enano.

—Perdonad, señora, si os molesto, dijo inclinándose con respeto delante de su ama; pero me he encontrado un papelito, y....

—¡Ah! exclamó la pobre jóven dejándose caer sin fuerzas en un sillón inmediato.

—Deseo hablar á la señora, á la señora sola, añadió Farruco echando una maliciosa mirada á la doncella.

Cármen hizo una señal á Eugenia con la mano para que se retirase, y la buena muchacha obedeció tan llena de espanto y tan acobardada como su ama.

La entrevista fué larga y misteriosa... Cuando el enano salió de allí, se frotaba las manos de gozo, y murmuraba con una sonrisa infernal:

—¡Todos sus brillantes.... todos.... y luego.... luego.... algo mas!

Cármen permaneció largo rato como anonadada: jamás habia llegado á imaginarse tanta perversidad: aunque el monstruo no habia descubierto del todo sus inicuos planes, ella los adivinaba. Era preciso conjurar la tormenta antes que estallase.

Esta idea surgió en su mente como una luz salvadora, y sin detenerse á meditar las consecuencias, cogió una pluma, y escribió apresuradamente lo que sigue:

«Ricardo, huye.... Estoy perdida.... mi marido va á saberlo todo.... Eugenia te informará de lo demas.»

Este billete llegó á manos de Monleou una hora despues.

Ricardo lo leyó, interrogó á la doncella, que nada sabia, y estuvo muy pensativo toda la mañana.

A las doce cargó sus pistolas y salió con direccion á la montaña.

CAPITULO II.

EN PRÓJIMO OFICIOSO.

El mes de diciembre toca á su término.

En una modesta posada, situada en el camino de Francia, hay algunos viajeros sentados al amor de la lumbre departiendo amigablemente, mientras da el mayoral la órden de volver á montar al carruaje.

Al través de las brumas, se ven en el horizonte las ágras cuevas y montañas del Pirineo, cubiertas la mayor parte de nieve.

A las siete partieron todos los viajeros, y solo quedaron en la posada dos personas, que á la sazón se ocupaban en comer, sentados á bastante distancia en dos mesas distintas.

El primero devoraba como un buitres y llevaba ya despachadas tres botellas de Jerez: el segundo apenas habia probado los diversos platos que le trajeron, y en vez de vino tomaba una taza de café.

El primero representaba unos treinta y cinco años: el segundo no pasaba de veinte y seis.

El semblante de este último era simpático y grave; su fisonomía revelaba una profunda tristeza, por la cual se comprendia que habia debido sufrir y sufrir mucho. Todo traicionaba en su persona el desaliento y la desesperacion. Apoyados los codos contra la mesa y la sien en las palmas de las manos, miraba maquinalmente la taza de café que tenia delante, á medio concluir; de vez en cuando, suspiros comprimidos se escapaban de su pecho y sus labios articulaban palabras vagas é incoherentes.

El posadero, hombre de vientre enorme y mejillas rubicundas, por el uso ó abuso del mosto, se mantenía gravemente detrás de los dos viajeros, observando con particular cuidado, todos los movimientos del mas jóven, como ansioso de entablar conversacion con él. Ya por distintas veces, en la imposibilidad de abordarle de otro modo, le habia hecho presente que el café se le enfriaba; pero el jóven sin levantar la cabeza ni mirarle siquiera, habia continuado sumergido en sus hondas cavilaciones.

El otro viagero que devoraba con un apetito digno de Eliogábalo ó Polifemo, tenia algo de ciclope ó demonio en sus toscas facciones. No obstante, observaba á su mudo y sóbrio *ad latere* con tanta ó mas curiosidad que el posadero, y á veces volviéndose á éste, parecia decirle con un gesto muy significativo:

—El pobrecillo no quiere comer; lástima le tengo; pero es un tonto en no seguir mi ejemplo.

El posadero no dió otra interpretacion á las espresivas miradas del ciclope.

—¿Qué se ha de hacer? le dijo alzándose de hombros; se ha empeñado en no comer y lo que es peor en no hablar. En vano me insinuo.... no me contesta. Casi, casi, voy creyendo que es algun desdichado falto de razon.

—Todo podria ser, buen hombre, replicó el gloton engulléndose media gallina;—y nunca estará demás acompañarle—yo pienso ofrecérmele gratis. Una buena accion nunca queda sin recompensa.

—¡Ya! repuso el posadero; pero toda vuestra filantropia será inútil. Rehusará vuestra galante oferta y os contestará lo que á mi, que le propuse un guia: aunque no soy de este pais, me dijo, lo conozco lo bastante para no necesitar del auxilio de nadie. Voy á un pueblo próximo y no creo que los lobos me coman por el camino.

—¿Quiere andar solo por lo visto?

—Asi parece.

—Pues lo que es hoy seria una imprudencia, porque el cielo está muy nublado y habrá tormenta.

—Lo repito—añadió el posadero—esa cabeza no anda muy bien.... Mejor haria en meterse en una buena cama y beberse un bol de ponche quemado, que no irse á estas horas por esos andurriales. Verdaderamente seria una inhumanidad no acompañarle.

Y acercándose al silencioso viagero, le puso la mano sobre el hombro, diciéndole con amabilidad suma: Caballero, una palabra....

—¿Qué diablos queréis?... preguntóle el jóven con aspecto sombrío y clavando en él sus ojos con una expresion tan siniestra que hizo retroceder al pobre posadero.

—Perdonad.... no quisiera incomodaros.... pero me parece que estais enfermo, que sufris horriblemente.

Si, repitió el interpelado con voz seca y breve; si sufro ahora mucho; pero pronto no sufriré mas.

—Lo habia adivinado.... La palidez de vuestro semblante asusta.... Permittedme por lo tanto que os dé un consejo: aplazad vuestro viaje para mañana; enfermo como estais y con la furiosa tormenta que amenaza, seria una locura ponerse en camino esta noche.

—Y sin embargo, me voy ahora mismo, respondió el jóven levantándose y cogiendo su baston guarnecido en la punta de un largo regaton de hierro.

En seguida acercóse á la ventana, y estendiendo el brazo hacia un punto del horizonte erizado de crestas nebulosas, preguntó al posadero:

—¿Cuánto tiempo necesitaré para llegar al pie de aquella montaña tan alta y puntiaguda, que se descubre allí abajo?

—¡Lo menos siete horas! y seria una insensatez encaminarse allí en este momento, porque hay otras montañas que atravesar y no conociendo el camino podriais fácilmente extraviaros.

—¿Esa montaña, prosiguió el jóven impassible, es muy escarpada, muy peligrosa, y los lobos abundan en ella segun dicen?

—¡Ah! si señor: allí no se ven mas que rocas, torrentes y precipicios.... Horrible es el aspecto que ofrece por todas partes aquel sitio.... Para trepar hasta la cima necesitariais lo menos doce horas, en la hipótesis de que fuéseite tan ágil como un gamo. Mirad... ya empieza á nevar, ya la nieve se va condensando y cae en anchos copos... la niebla es cada vez mas espesa... vais á extraviaros y á sucumbir miserablemente.

—Nadie muere sino cuando le llega su hora, repuso el viagero con calma poniendo una moneda de oro en la mano al buen hombre, y dirigiéndose á la puerta:—Buenas noches—añadió,—pronto daré la vuelta.

Entonces el otro viandante se puso en pie, y le dijo:

—Caballero; si lo teneis á bien iremos juntos, llevo el mismo camino que vos.

—¡Gracias! contestó el jóven con sequedad.

—Reflexionad que podemos prestarnos auxilio mutuamente, insistió el oficioso desconocido, y que el peligro es grave é inminente.

El jóven hizo un gesto de indiferencia.

—Suponed que os extraviáis en medio de la montaña, que caeis en un despeñadero, ó que os asalta una fiera ¿qué podreis hacer solo y desarmado?

—Creo que no os he dicho si llevo ó no armas, y en cuanto al peligro, si es que hay alguno, solo ó acompañado, pereceré en él si tal es mi destino.

—En suma ¿no os place mi compañía?

—No señor: si quisiera un guia se lo hubiera pedido á ese buen hombre, ó mas bien, habria aceptado la oferta que antes me hizo de facilitarme dos de sus criados.

El jóven hablaba al desconocido sin mirarle á la cara; al despedirse levantó la cabeza y le contempló algunos instantes, quedando sorprendido de su aspecto singular. Aquel extraño personaje, cuya pequeña estatura estaba compensada por una robustez atlética, vestia una blusa gris y un pantalon colorado; lo cual unido á una protuberancia bastante marcada en las espaldas, y al hundimiento de su enorme cabeza entre el pecho y la giba, contribuía á darle la apariencia de un gnomo ó vampiro.—Desde lejos se le hubiera tomado por uno de esos monstruos que ven los enfermos en el delirio de la fiebre, ó que forja la supersticion de los que creen en duendes y aparecidos.

A pesar de la repulsa del jóven, con especiosos pretestos volvió á renovar sus ofertas, manifestándole que conocia perfectamente todos aquellos alrededores, y que por lo mismo que sabia cuán peligrosos eran, creia un deber de conciencia no dejarle espuesto á una muerte casi segura.

El jóven por toda respuesta le dió de nuevo las gracias, y salió de la posada sin querer oír por mas tiempo sus enfadosas digresiones. Suponia, no sin fundamento, que las tres botellas del excelente vino con que habia procurado confortarse, eran la causa principal de su insoportable locuacidad.

El gnomo ó vampiro se decidió por lo tanto á continuar su ruta solo, mientras el jóven, ansiando perderle de vista cuanto antes, echó por un atajo y desapareció á los pocos minutos.

El posadero que habia permanecido en la puerta escuchando su conversacion, volviése adentro muy pensativo, y dijo á su muger que se entretenia en sorber el resto del café de uno de los viajeros:

—¡Sabe Dios ó el diablo como esto acabará! Ese pobre jóven está sin duda loco, y ningun buen pensamiento le trae por acá... En cuanto al otro me parece un tunante desde la punta de los cabellos hasta la suela de los zapatos. El primero me inspira compasion, porque es todo un buen mozo, que paga como un inglés—añadió con énfasis el posadero, haciendo sonar sobre la mesa el ochentín que la habia dado; el segundo ni siquiera ha sido capaz de dar de propina á la criada los seis cuartos que la sobraron de su cuenta; ¡Mal lobo se lo coma!

(Se continuará.)

ANÉDOTAS MORALES.

UNA NOCHE DE OTOÑO.

El sol toca ya al término de su jornada; vá á esconderse tras las oscuras peñas de Monsant; se despiden de nosotros entre la niebla que desde el Ebro estendiéndose sus blancas alas y las doradas nubes que como cortinas las rodean en su caso.

El astró de fuego ha desaparecido.

Acabóse el día y otro grano de la existencia cae del reloj de la vida: un momento menos en la inmensidad incomparable del tiempo. Va á llegar la noche entre las sombras y el silencio para poner un velo al gran cuadro de la miseria humana, medida ya en llanto, ya en alegría, en lo pasado, en lo futuro, en la realidad y en las ilusiones. ¡Oh! La noche es el sueño universal; es el misterio que encubre los deleites; es una pausa en la carrera del dolor; es la hora del olvido; es la muerte en ensayo. Si; la noche es una negacion porque durante la ausencia de la luz el hombre feliz duerme y descansa el desgraciado; ambos mueren por unas horas y es que somos mariposas girando siempre en un círculo uniforme cuyo centro es la tumba.

Mas la noche se presenta con su manto estrellado y albos celajes que como fajas parece sostienen al firmamento. El Oeste desde los puertos de Beceite empuja á la bruma del rio y trae moléculas microscópicas de nieve que penetran por todas partes con el viento. Murmulla el pequeño Ciurana con su corriente mansa y cristalina. Las luces de los caseríos van apagándose sucesivamente; y la campana de la iglesia vecina con su monótono planido llama á los creyentes en medio del silencio.

Empero la noche con sus tinieblas y su mudez tiene sus misterios; si el día es para ver, la noche es para sentir, entonces el alma, cansada del continuo movimiento en que la hace girar el cuerpo, se concentra en sí misma, recuerda, sueña y goza.

En la esfera social que habitamos hay dos tipos de seres que se distinguen por reconocer los unos como móvil de sus acciones al sentimiento y los otros al juicio; hombres de cabeza y hombres de corazón. Estos últimos llevan en su seno una inmensidad de ilusiones que á veces encierran dentro y pasan por delante de los demás sin ser conocidos, fatalidad para los que se encuentran en este aislamiento; mas peor todavía para aquellos que no pueden comprenderlos. Así sucede comunmente en el flujo y reflujo de las pasiones, pues que la reflexión ó el frío, cálculo del sexo pensador, no concibe la causa de los deseos del sexo sensible y muy á menudo desencanta sino mata, las creencias de esos ángeles que Dios encarnó para hacer mas suave el tránsito desde la tierra al cielo.

1828.

Era una noche húmeda y fría de octubre.

Las sombras cubrían con la niebla á un hermoso valle, que desde las sierras de Prades hacia el Ebro se estiende poco mas de una legua por entre colinas plantadas de viña, y montes poblados de bosque; corriendo en medio el modesto Ciurana. Las aguas de este pequeño río á pocos pasos de su nacimiento, forman una cascada de mas de treinta pies de altura y muchísimas otras de menos consideración, hasta pasar por debajo la fantástica peña que lleva su mismo nombre. Entonces sigue llano y tranquilo en medio de praderas, huertos y arboledas; el horizonte se ensancha; ya no se ven los picos de Monsant sino por encima de collados siempre verdes; una multitud de casitas blancas ocupa ambas orillas; la vegetación es allí gigantesca y el punto de vista muy pintoresco.

Sentado sobre el tronco de un abedul, que la tempestad derribará un día, disfrutaba de esa mágica impresión que inspira la naturaleza despojada del arte, y mis amortiguados sentidos renacían con sus primitivas facultades bajo aquel cielo enlutado, y sobre el paisaje mas bello del antiguo condado de Prades. La atmósfera estaba llena de gratas emanaciones de las últimas flores y de los primeros frutos del año; pues que la primavera en este país empieza en junio y solo concluye con el otoño, pasando desapercibido el verano. Desde los álamos, sauces y olmos, millares de insectos desprendían un olor fuerte y viroso; en el suelo brillaban algunas luciérnagas; los grillos chillaban entre las piedras, y un pesado mocheuelo, acurrucado en el agujero de un nogal, entonaba su monótona cantinela. Una vaga claridad penetraba por la niebla: era el astro nocturno que asoma por encima de las rocas de Arbolí y sus interceptados rayos plateaban las aguas del río, cuyo murmullo melancólico convidaba á gozar de la soledad en aquel valle.

Mientras avanzaba la noche, la niebla iba espesándose y la humedad entraba en mi cuerpo. Mis ojos se dirigieron involuntariamente hácia atrás y á través de los árboles divisé una luz que delineaba en medio de la oscuridad, los ángulos salientes de una estensa casa de campo. El edificio cubierto por la niebla, con sus torrecillas al parecer suspendidas en el espacio, se asemejaba á un castillo feudal de la edad media. Para completar la ilusión no tardó en llegar á mis oídos la pulsación armoniosa de un instrumento, que á no dudar, era un harpa y poco despues la voz de una muger que principiaba el romance

Assisa al pié d' un salice....

Los dulces acordes acompañaban á la canción que suspiraba un pecho débil; aunque las notas bajas descubrían en la cantora un magnífico registro de contralto; y á buen seguro no sabia fuese escuchada, pues esplayaba suma pasión en aquella sublime lamentación de la infeliz Desdemona.

El cielo estaba sombrío, húmeda la niebla y silencioso el valle; á lo lejos algunos ecos repitieron el canto de la artista nocturna y la tristeza llegó hasta mi corazón.

Un reloj vecino dió las campanadas de la media noche.

Caía menuda lluvia; la luz estaba apagada, y habia cesado el canto. Desperté de mis ensueños, abandoné la alameda, y fui á buscar un abrigo en la granja que era la de mi tío.

A la entrada del parque encontré á mi prima que iba á buscarme como de costumbre todos los días en mi retiro agreste. Dila el brazo y nos dirigimos á la casa.

Mi prima María, hermosa y celestial criatura, habia sido relegada por el arte á la vida campestre, en donde el cariño maternal la proporcionaba todas las distracciones posibles, porque la pobre niña queria libros de música, bailes, tertulias y paseos en aquella soledad. Con todas nuestras fiestas formaba contraste su frente triste y su boca taciturna; presidía desde lejos las ceremonias, asistía impasible á las diversiones teatrales; ansiaba convites, danzas y conversaciones que la fastidiaban al instante; en una palabra, todo lo deseaba y nada la contentaba, teniendo sin duda una idea fija en su mente que dominaba á todas las demás.

¿Qué clase de enfermedad sufría? ¿Era su cuerpo ó su alma presa de un principio disolvente? Nadie lo su-

po. El médico lo atribuía al poco desarrollo físico, y la madre á un castigo sobrenatural; de todos modos, la jóven era una victima que iba consumiéndose lentamente, mientras nuestro egoísmo nos hacia creer en una mejoría ficticia.

Durante aquella noche, cuando todos descansaban ya en brazos del sueño, solo yo permanecí al amor de la lumbre, entregado á mis meditaciones, fruto de una imaginación calenturienta, y pasatiempo de esa agonía social que llamamos insomnio. Las últimas llamas de un tronco de olivo, se me figuraban las postreras miradas de un ser moribundo, misteriosamente encerrado en la corteza vegetal. Las facies de la existencia de mi prima se me presentaban en el chisporreo de la leña ardiendo, y media los sufrimientos de aquella por la intensidad de las llamaradas. Solo entonces pude comprender la inmensidad de amargura que atormentaba el corazón de la bella jóven, comparando la fiebre de sus deseos con el fastidio de sus goces. Vi bien claro ese fatalismo intelectual que coloca á las personas demasiado sensibles en una eterna lucha de la materia con el alma; anhelando esta un infinito de deleites que no es capaz de darle el cuerpo. ¡Dualismo cruel que en la primavera de la vida roba al mundo tantas y preciosas existencias!

Los hijos de Adán tenemos caprichos y extravagancias. Ocurrióseme la singular idea de penetrar el arcano de la melancolía de mi prima, sin llevar otro objeto que una compasión propia de mi edad, y también movido por la curiosidad, acaso culpable, de conocer un secreto. Recordé que la hermosa María pasaba muchas horas sola en su gabinete escribiendo en un album que yo la habia ofrecido á mi regreso de la corte. En aquellas páginas, que la jóven guardaba como dicen comunmente, bajo siete llaves, sospeché encontraría la explicación no solo del mal que aquejaba á la enferma, sino que quizás llegaría hasta á la causa ó causas de ese dolor desconocido que hace palidecer las mejillas, que enflaquece y mata como uno de los venenos de los Borgias.

Era yo calavera de la clase de los *temerones*, que describió Larra, y nada tiene de extraño osase atentar contra el decoro de una doncella, alzando el velo que cubre el misterio de las flaquezas del bello sexo.

Serian poco mas de las dos de la mañana y el demonio de las tentaciones velaba á mi lado. Dirijime al aposento de la doliente niña. Oí, antes de entrar en él, su respiración fatigosa, de tarde en tarde interrumpida por una tosecilla seca: sus labios pronunciaron algunas palabras ininteligibles y suspiró una ó dos veces profundamente. Sobre su tocador estaba el album abierto y en él señales recientes de las confidencias de la jóven. La desgraciada no debía sospechar que un profano se atreviese á robarle sus secretos.

Ahora que han pasado veinte años desde aquella noche, cuando el yelo de la edad minoró el dolor de los recuerdos, y la mano del tiempo ha hecho desaparecer los lazos que me impedían hablar, podré abrir ese pequeño libro que escribí una moribunda; breves páginas de amargura que leerán impasibles algunos, pues la distancia que les separa de la autora no les facilita una sonrisa ó no les ofrece un beso. Así pasan á nuestra vista esos meteoros misteriosos sin que revele su divina misión la perfecta forma de su exterior y la palidez, espejo de los deseos interiores.

Orillas del Ciurana.—Otoño de 1828.

Tengo 46 años y todos creen que soy hermosa: perteneczo á una familia noble y rica: el primer fruto de un himeneo de amor y tambien la primera victima he sido. Sin duda seré deseada por algun hombre en razon del interés ó de un capricho; poco me importa: el porvenir que se ofrece á mi juventud será lisonjero; en el camino de mi vida solo encuentro flores... mas una voz profética dice á mi corazón que he de morir pronto. Lo conozco en mi tristeza, en esa debilidad que se ha apoderado de todos mis miembros, en el enflaquecimiento del cuerpo... si mi voz se vuelve opaca, el pecho con dificultad respira y el aire que respiro no aprovecha. En vano me alucino con esperanzas; esas pózimas son inútiles, las distracciones me fastidian y el aislamiento me desespera. ¡Dios mío! ¡Morir sin haber gozado esas ilusiones que he soñado! ¡Abandonar la vida sin comprender su objeto!

He nacido de un crimen y la providencia castiga en mi la culpa ajena. Así me lo han explicado los hombres que por una refinada envidia han amargado mi ignorancia despertando en mi pecho inocente el odio y la venganza. Me han conducido al gran mundo enseñándome á lo lejos sus escenas que se han reflejado en mi alma, como las imágenes en un cristal. Cuando en mi sencillez he alargado mi mano á la indigencia, he sido reprendida por la necesidad que cometía fomentando los vicios de esa plaga, llamada pauperismo. Si he llorado á la vista de la humanidad doliente, una severa mirada de mi madre me ha significado que caía en otra torpeza. ¡Y han dicho que era insensible porque no se agitaba mi corazón oyendo espresar muy mal en un teatro lo que concebía mucho mejor en mi imaginación ardiente!

¿Cómo negar á Dios, que me escucha, esas vergonzosas confesiones? Sé que soy inocente y no me quejo de la perfidia humana que me obliga á ruborizarme al pronunciar el nombre de mi madre, que me abandona á las manos ajenas de un mercenario como á bandera y que evita el menor roce con mi cuerpo. La madre rehúsa los besos de su hija, las amigas no quie-

ren respirar mi aliento, y tiembla un jóven hablando conmigo de amor. Condenada para siempre al aislamiento, privada de poder gozar esa santa simpatía que hace palpitar á dos corazones, separada de los vivientes por una línea de asco y de aversión ¿para qué he de vivir? ¡Oh! ¡venga la muerte con sus ilusiones tan gratas á mi dolor! ¡Venga la hora feliz en que mi alma, libre de una materia ya hedionda en vida, vuelva por el espacio. Venga la destrucción de esa existencia transitoria, de esa imagen á quien se niega un altar. Quizás entonces se realizarán los sueños que todas las noches fascinan mi mente y mas allá de la tumba acaso encontraré á ese ser fantástico que hace un año veo por todas partes. Cuando cansados mis sentidos se niegan á obedecer á mi voluntad, quedo postrada en un profundo letargo, que prolonga esa amarga bebida que ha recetado un médico; luego me parece despertar en un nuevo mundo; armonias suaves recrean mis oídos; agradables aromas se desprenden de infinitas flores que cubren el suelo; una voz me llama, y mi cuerpo siente una descarga eléctrica al contacto de la mano de un ángel que como un imán me trae á sus brazos. Lo que goza mi espíritu en aquel momento, es inexplicable, y aunque no fuera así, los hombres no lo comprenderían. Mi flaco cuerpo se convierte en un solo cristal que refleja ó mas bien absorbe los rayos de un sol que brilla á muy corta distancia; la sensibilidad del tacto se vuelve tan exquisita, que cada molécula de la carne percibe el frote magnético de otra carne; mi vista, velada por una nube blanca, solo distingue los contornos mayores de ese serafín que bate sus alas haciéndome respirar su aliento... una lucha, al principio débil, separa y atrae al espíritu de la materia; las convulsiones del cuerpo se van aumentando, el alma parece huye enteramente, y en medio de aquellas mágicas sensaciones despierto fatigada, exánime, y nadando en un sudor helado....

¡Ah! cese de una vez ese cruel estado. En mi juventud morbosa, me será menos sensible la muerte que una vida de dolor. ¿De qué me sirve conocer esos goces fugaces si son efecto de la fiebre que me consume? ¿Qué objeto se ofrece á mi deseo, si ese ángel de mis sueños solo existe en mi imaginación? Esa espantosa verdad me vuelve loca. ¡Amo á un ser ideal, á un fantasma! Las sombras de la noche me lo presentan en el tronco de algun sauce ó en medio de las nubes; las aguas del río, las brisas de la tarde, se convierten en voz melodiosa para mí, y creo recordar el beso misterioso en su aura fresca que pasa por mis labios; los ruiseñores y gilgueros cantan como mi amado ente, y encontrándole en todas partes, lo veo, siento su respiración, oigo su acento... ¡y es la nada!

Ese egoísmo, tan comun en la sociedad, forma una raza aparte de los que padecen, y buscando vanos remedios para los males físicos, conducen á las victimas al sepulcro ó á la manión de los dementes. ¿Por qué no se ha abierto á mis ilusiones un asilo de amor? ¿Un corazón entre tantos jóvenes que me rodean, no ha podido palpitar y simpatizar con el mío? Hora solemne de mi existencia aquella en que una mano casi desconocida me ha entregado su declaración... sin duda de cariño. He hallado por fin lo que tanto anhelaba, mas es tarde ya, y no ha llegado la alegría á mi seno, al sospechar que era amada. Las llamas de una moribunda vela han consumido el papel que no he leído, y al ver mi rostro, en el que buscaba una respuesta, aquel jóven ha bajado los ojos y ha huido de mi presencia. ¿Era un principio de amor, ó una fórmula de pasatiempo? ¿Quién lo sabe! Lo primero hubiese sido para mi una refinada envidia en unir los suspiros del deleite con los lloros de mi agonía; y por lo demás he sido muy orgullosa para acomodarle á la hipocresía del gran mundo. ¿Qué puedo esperar de los ajenos si apartan de mí lo que á mis hermanitas y me condenan á la soledad de este valle como á un ser dañoso que es preciso separar de la sociedad? Aquí, para que sea público, me envían dibujos, música y libros que nada dicen á mi dolor. Cuadros de la pasión de Cristo, imágenes de la Virgen en su amargura, grabados de mártires... ¡Gran Dios! ¿y yo no soy acaso otra victima esparido en la cruz, despues de haber pasado por el Calvario? Buscaré consuelo en esas obras modernas escritas por la pluma del escepticismo y los ideales tipos de Corina, Clara, Eloisa Julia ó Ismalia, me fastidiarán en contraposición de Ke-ne, Arturo, Otelo y Oscar. La poesía de las pasiones tiene un idioma para cada uno, y rara vez es comprendida por otro de viva voz; pues los escritos nunca pueden serlo. He esperado tambien encontrar en los autores místicos un bálsamo para mi desasosiego: el libro se me cae de las manos; porque la mente no concibe mientras siente el corazón. ¿Confesaré la única flaqueza de mi alma, la sola afición mundana que apega á la vida? ¿Por qué no he de decir llanamente: ese capricho sensitivo de la música á veces me estasia, casi hasta hacerme olvidar de mí misma? El lenguaje expresivo de la armonía es sin duda ese idioma universal que soñó Descartes, y todas las naciones son sensibles á las inspiraciones de Mozart, Gímarosa y Rossini. Yo no apruebo la melodía cantada: las palabras pronunciadas por un labio venal son siempre afectadas, y el amaneamiento repugna á mis sentidos. Unicamente he encontrado dos trozos de poesía dignos del canto: el *Dies ira*, del don Juan, y la romanza de Desdemona. Sin duda por la simpatía que despiertan en un alma dolida esos gritos desgarradores de la muger y de la religion cristiana.

Á fuerza de sufrir en los últimos meses me he con-

naturalizado con la tristeza: como que continuamente caen lágrimas de mis ojos, aunque algunas veces estoy distraída oyendo la música de Rossini que mi primo toca en el piano maquinalmente, y solo á fuerza de ruegos. Es un jóven de veinte años, y solo ve al mundo á través de un prisma voluptuoso, sin que remotamente sospeche en que el deseo es capaz de matar como á mí me sucede. Es sano y robusto, y solo trata de destruirse físicamente á fin de gozar el espiritualismo del deileite. Con el tiempo puede sea una victima de esas ilusiones, y la materia enferma aventajará á su alma, del mismo modo que el alma mia, herida por el deseo, ha gangrenado á mi cuerpo. Por lo demas, es el único de mis parientes que se atreve á acompañarme en los paseos que acostumbro y no me niega el brazo... cuando las frias visitas de mi padre son muy raras, y como las del médico que me toma el pulso, puesto el guante y cada minuto se asoma al balcon, para que el ambiente puro neutralice el aire morbosos de mi aliento. Hacen bien. La planta venenosa debe aislarse á fin de que no dañe, y todo cuanto toco con mis manos ó con mis labios se marchita y muere. Asi como ese par de tórtolas que me mandó mi madre han perecido emponzoñadas por mis caricias, y los rosales que cuidaba se han secado, temo que mi pobre primo en el roce no recoja un germen fatal. Oí al médico sostener era contagioso en sumo grado la consuncion tísica, y como hace algunos dias que observo se va desmejorando mi primo, y se queja de accesos de tos por la noche, casi estoy segura

Al otro dia por la mañana sali de la casa de campo sin despedirme de nadie; condené al fuego todo lo que habia tenido la desgracia de rozarse con mi prima, no haciéndolo con mis manos por calcular era peor el remedio que el mal; empero sufrieron mas baños ascéticos que un leproso, y para mas eficacia puse entre la señora enferma y mi persona una regular distancia de cien leguas.

El tiempo y los hombres me dieron á comprender mi preocupacion, y algunos años despues tuve valor para ir á visitar su cama de tierra, sobre la cual todavia se conserva una pequeña cruz de madera.
6 de octubre de 1848.

EL VIAGERO ESPAÑOL EN PARIS.

(Conclusion.)

Palacio de Luxemburgo.—En este recinto celebra sus sesiones la Cámara de los Pares. La entrada principal es por la calle de Vangirand y presenta una simetria perfecta con bellas proporciones: la parte baja es de orden toscano, la principal del orden dórico, y la superior del jónico.

Este edificio ha pertenecido y sido habitado por gran número de príncipes y monarcas; tambien fué palacio del directorio y despues del consulado.

A la parte del Sur dá vista sobre un jardín espacioso adornado de estatuas antiguas y modernas que es uno de los mas bellos paseos de Paris.

San Sulpicio.—Es una iglesia parroquial comenzada en 1664, y terminada en 1733, reinando Luis XV.

Sobre la entrada principal se levantan dos torres de setenta metros de altura. La planta del edificio es una cruz latina: en el fondo de la nave lateral del Norte, se observa un obelisco de mármol, dividido en el sentido de su longitud, por una línea de cobre, continuacion de una escelente meridiana trazada sobre el pavimento por Enrique de Sully: los rayos del sol pasando por una hendidura practicada en la plancha de metal que hay en una ventana del crucero, forman en el pavimento un círculo luminoso, que al mediodia se presenta cortado por la línea meridiana: esta tiene así para fijar el equinocio de primavera y el solisticio de invierno.

El seminario de San Sulpicio, está situado al Mediodia de la plaza del mismo nombre; este edificio no está aun terminado; pero se puede juzgar, segun lo que existe de él, que será muy conveniente á su destino. Será sencillo, correcto, y sin pretensiones. Sino fuera un seminario, se podria criticar de la pequeñez de las ventanas de que está rodeado.

El panteon se halla situado en la plaza del mismo nombre: fué edificado por Luis XV en el sitio donde existia la antigua iglesia de Santa Genoveva. La planta del edificio es una especie de cruz griega, compuesta de cuatro naves que se reunen en el centro, sobre el cual se eleva una grandiosa cúpula. El pórtico se compone de veinte y dos columnas corintias, que tienen veinte metros de altura con bases y capiteles, y dos metros de diámetro. Sobre ella se apoya un frontispicio de treinta y tres metros de ancho, por siete de altura, en cuyo tímpano se ve un relieve del escultor David que representa la Francia distribuyendo palmas y coronas á sus grandes hombres; en el friso hay una inscripcion que dice: «A los grandes hombres, la patria reconocida.» La altura total del edificio hácia el extremo de la linterna, es de doscientos cuarenta y nueve pies. Bajo la nave del fondo hay una especie de templo subterráneo con algunos sepulcros que nada tienen de notable como monumentos, aunque lo son mucho por los nombres ilustres á que están dedicados.

San Esteban del Monte.—El cuerpo de esta iglesia,

de estilo corintio, fué construido en 1517. Se observan en este monumento muchas cosas notables, entre ellas la tribuna de piedra suspendida á la entrada del coro. La obra, en general, aun cuando de poco gusto, es bastante delicada.

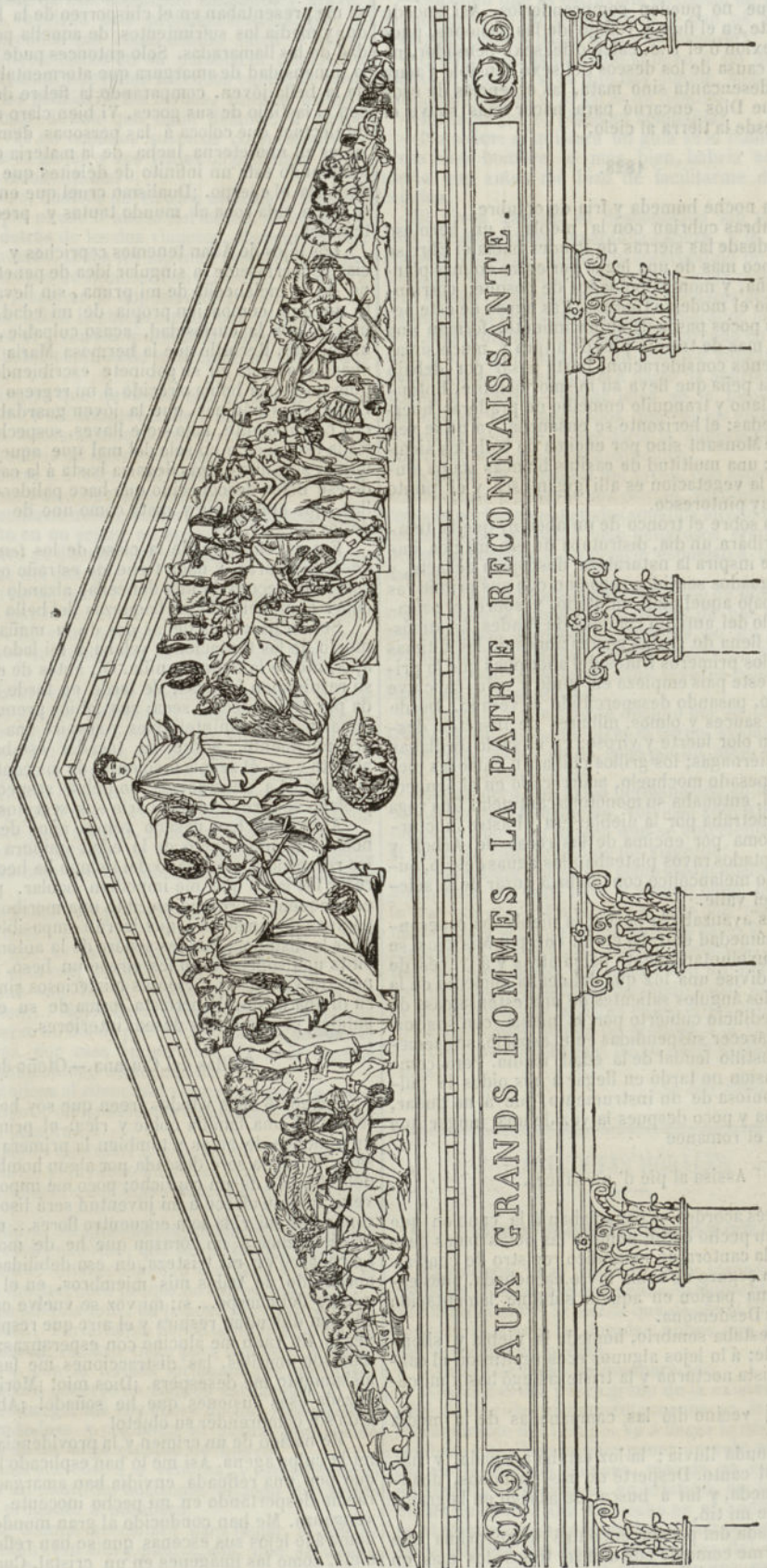
El púlpito de San Esteban llama la atencion de los curiosos; es de madera ricamente esculpido, y su sosten es un Sanson arrojado sobre un leon muerto.

En esta iglesia se vé la tumba de Santa Genoveva, grande objeto de devocion para los fieles de Paris y sus cercanias. Tambien existen en esta iglesia muy buenos cuadros, entre los cuales el que mas llama la

se compone de un piso bajo, de un entresuelo y de un gran piso principal alumbrado por grandes balcones en arcadas: todos los pisos son abovedados.

Una claraboya circular atraviesa todas las bóvedas y comunica con las cuevas que son anchurosas y profundas.

El observatorio, donde aparece un estilo severo, está sólidamente construido; sus formas tienen grandeza y magestad; pero adolece de un defecto capital, esto es: lleva mal el objeto á que ha sido destinado, porque los astrónomos se ven obligados á hacer elevar á Oriente, y al pie del edificio principal, construcciones bajas en



Frontispicio del Panteon.

atencion es *La predicacion de San Esteban* por Abel de Pujol, cuadro que ha hecho la reputacion de su autor.

La parte exterior de este templo no tiene mérito alguno.

El observatorio se halla situado en el barrio de San Jacobo frente al palacio de Luxemburgo: fué construido bajo el reinado de Luis XIV, por Claudio Perrault. Se compone de cuatro miembros principales, que son una torre cuadrada central cuyos frentes miran á los cuatro puntos cardinales; frente al Norte se destaca un antepecho coronado de un fronton; los ángulos de la fachada del Mediodia están flanqueados por dos torres á ocho pasos de distancia: la altura de esta construccion

las cuales practican la mayor parte de sus observaciones.

El observatorio, edificio construido en un espacio libre, debia ofrecer frentes exactamente simétricos: la figura cuadrada le convendria con preferencia á otra cualquiera.

Jardin de las Plantas.—Heronard, primer médico de Luis XIII, obtuvo de su señor cartas patentes en 1626, que decretaban el establecimiento de un jardín donde se cultivasen plantas medicinales. En un principio este jardín no contenia mas que dos aranzadas, y despues catorce; pero tenia sin embargo todas las cualidades que reclamaba su institucion. Se ven en este jardín magnificas calles de árboles, laberintos.

bosques, plantaciones de toda especie, modelos de cultura y reducidos recintos donde están encerrados ani-

Las catacumbas tienen tres entradas: la primera en el pabellon occidental de la barrera del Infierno, la

do, parece ser el mismo que en 1383, fué llamado á combate singular por el señor de Courtenay.

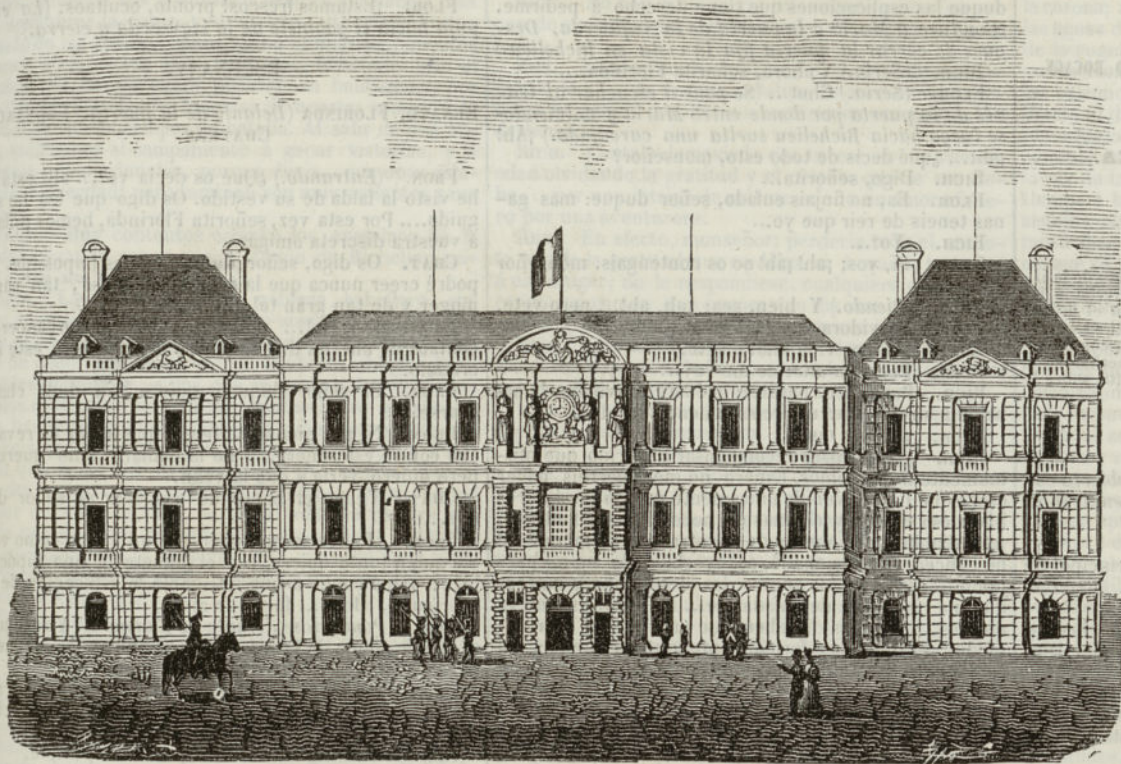
El cuerpo del edificio, que da á la calle *des Bourdonnais*, no ofrece de notable mas que una bóveda bastante baja que conduce al patio: este patio se ve adornado de esculturas muy elegantes y fabricadas con extrema delicadeza. Se observa con especialidad en uno de los ángulos de este patio, una torrecilla, obra maestra por su gracia y lijereza, siendo imposible hallar un trozo de arquitectura mas rica en trabajo y mas fina en todas sus partes: no hay detalle que no esté ejecutado con la mas rara correccion.

Me parece conveniente limitar á lo dicho la indicacion de los principales monumentos de Paris, aunque son muchos mas todavia los que deben llamar la atencion del viagero.

Este no debe dejar de visitar las iglesias de San Roque, San German l'Auxerrois; los principales mataderos, el museo de artilleria, la fábrica de tapices, etc.

Hay tambien muchos cementerios dignos de visitarse repetidas veces por su buena disposicion y por los monumentos que encierran, y sobre todo el vastisimo y célebre llamado con el nombre del fundador, el padre Lachaise. En él se admiran los sepulcros del gran naturalista Cuvier, del grande astrónomo Laplace y de un sin número de personajes ilustres. Indicaremos tambien los muchos y bellos puentes contruidos sobre el Sena á su paso por la capital.

En otra revista nos ocuparemos de los monumentos que contienen las cercanías de Paris, de los cuales haremos especial mencion antes de salir de la Francia.



Palacio del Luxemburgo.

males procedentes de paises extranjeros: si este jardin no es el mas magnifico de la capital, es seguramente el mas agradable para los paseantes

Por lo que respecta á su construccion como obra arquitectónica, es enteramente nula; el gabinete llamado de *Historia natural*, no es otra cosa que una morada campestre muy linda; pero esto no consiste en que los arquitectos no hayan querido ejercer su talento de vez en cuando en este establecimiento; el gran pabellon que sirve de morada á los elefantes, es ciertamente una obra de pretensiones, pudiéndose decir otro tanto del gran recinto llamado de la *Menagerie*, y especialmente del tonto y rico pabellon de bronce del laberinto.

segunda en la Tumba Isoire, y la tercera en la llanura de Mont-Souris. Nadie puede penetrar allí sin un permiso firmado por el inspector general ó el de los ingenieros vigi-

lantes. Una escalera estrecha por la que no puede subirse mas que uno á uno, conduce á la primera galeria en la cual pueden marchar dos personas de frente.

Ademas de las osamentas se ven en las catacumbas todo género de sustancias minerales que componen el suelo, y una coleccion de fenómenos, singularidades osteológicas descubiertas en el momento de hacer las clasificaciones de las osamentas.

Mercado de los vinos. Este inmenso mercado, ó



Mercado de los vinos.

mejor dicho, esta reunion de mercados, ocupa un espacio tan grande como el de un pueblo: allí se vé una plaza extraordinariamente grande y muchas calles, todas ellas bastante anchas; por lo demás, como monumentos estas construcciones no ofrecen nada que deba llamar nuestra atencion: dichas construcciones son lo que deben ser, sencillas, sólidas y cómodas.

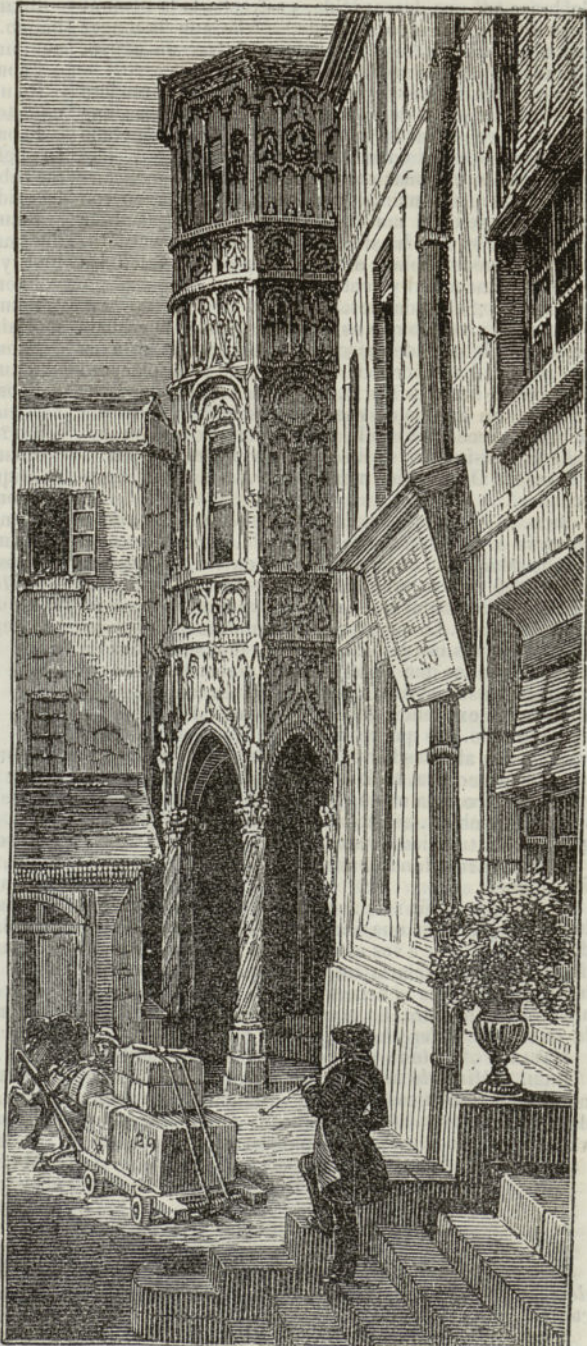
Al visitar este establecimiento, el curioso puede subir á la terraza para ver el llamado *depoitoir* que consiste en un aparato formado de una sucesion de vasos de cobre en los cuales se vacian las piezas que contiene los líquidos espirituosos; un tubo de cristal graduado como el de un termómetro indica la cantidad de litros que contiene la pieza.

Las catacumbas. Treinta ó cuarenta generaciones reposan en estos vastos subterráneos; el número de estos muertos se evalua á ocho veces la poblacion actual de Paris.

No terminaré mi revista parisien, sin hacer mencion del edificio llamado

Hotel de la Tremouille. Es una casa antigua, situada en la calle *des Bourdonnais*, conocida hace mucho tiempo bajo el nombre de gran casa *des Carneaux*. Una antigua tradicion refiere, se ignora con qué fundamento, que fué habitada en 1280, por Felipe el Hermoso.

Se supone que Felipe, duque de Turena, y despues duque de Orleans, hermano del rey Juan, compró esta casa en 1363 por la cantidad de 2,000 francos de oro, que mas tarde la vendió al famoso Guido de la Tremouille, y que en esta época se estendió á lo largo de la calle de Bethisy, hasta llegar á la de Tinechape, y que vino á ser la residencia señorial de la Tremouille. Este Gui-



Vista del hotel de la Tremouille.

LA VEJEZ DE RICHELIEU.

Drama en cinco actos

POR LOS SEÑORES OCTAVIO FEUILLET Y PABLO BOCAGE.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

ACTO CUARTO.

Salon en casa de Richelieu.—En el primer término de la izquierda una ventana que da a un jardín.—A derecha é izquierda del segundo término, una puerta.—Otra en el primer término a la derecha.—Puerta en el fondo.—En el escenario un canapé á la izquierda.—A la derecha un velador con un sillón, y sobre el velador un candelabro de tres mecheros con bujías encendidas.—Junto á la ventana una mesita, sobre la que hay un cofrecillo con libros.

ESCENA I.

Entra RICHELIEU dando el brazo á MARIA cubierta con un dominó. REMIGIO queda esperando órdenes en la puerta del fondo.

RICH. Remigio, espero esta noche al príncipe de Montbar... avísame al momento que llegue. (Remigio cierra la puerta del fondo y se va.)

MARIA. (Que ha dejado el brazo de Richelieu, y sentándose en el canapé) ¡Qué horrible sueño, Dios mío!

RICH. Bien sabéis, señorita, que no ha dependido de mí el no cumplir mi promesa... la noticia de vuestra evasión ha hecho reunir junto á la ermita cuantas rondas y patrullas andan por allí.

MARIA. Lo sé, señor duque, lo sé... y de nada os acuso... tan solo os pido me dejes descansar un poco... ¡tengo la cabeza tan fatigada... que me parece voy á morir!... ¡Oh Renato! ¡Renato!

RICH. En efecto, es muy sensible el haberle visto del brazo con una desconocida, y estrecharla la mano... Pero este es el mundo, señorita... feliz aun la muger que al perder un amante, puede encontrar un amigo.

MARIA. (Ruborizada.) ¡Monseñor!...

RICH. Me habeis dicho esta mañana, encantadora Maria, á propósito de vuestro amor, ciertas cosas que harian sonreír á mi larga esperiencia... he respetado vuestras nacientes cuanto seductoras ilusiones... hubiera temido empañar con mi hábito ese espejo encantador en el que confundis vuestra propia imágen con lo que sucede en el mundo, y he preferido dejar obrar al tiempo... su obra ha sido mucho mas pronta y cruel... porque ya podeis saber, desde ahora, lo que valen las palabras, sinceridad y ventura.

MARIA. ¡Señor duque!...

RICH. Ya veis lo que es el mundo, pues lo acabais de ver en el baile de máscaras... la careta... esta es su sinceridad... y por toda felicidad solo dá el placer... El mundo, hermosa Maria, no os dará ni puede daros nada mas en cambio de vuestros ensueños... pero sin embargo, creedme; no le pongais mala cara, y recibid con satisfaccion su limosna, por ligera que sea.

MARIA. Os escucho, monseñor, y no acierto á comprender...

RICH. (Pasando por detrás del canapé, yendo á sentarse á la derecha de Maria.) Lo que ofrece el mundo, Maria, no es la constancia en los amores, ni la fidelidad en los juramentos, ni... en fin... ninguna de las bellezas seductoras que abriga vuestra inesperada imaginacion. Lo que ofrece y dá únicamente, son algunos fugitivos instantes... eternos, tan solo, para la memoria, en los que se olvida todo por una sonrisa, ó una lágrima sin motivo alguno... algunos instantes que absorben la existencia y la convierten en delirio que lo perdona todo... lo que realmente existe, hermosa Maria, son algunas horas como esta, horas de inquietud y de esperanza, en las cuales lejos de todos y del mundo entero, una mano... torneada y linda como la vuestra, tiembla... estrechada tambien por otra mano que tiembla tambien de amor...

MARIA. (Levantándose con dignidad.) Por favor, señor duque.

RICH. ¡Qué niña sois!... yo no queria llevaros á ese baile, porque sabia que iba á causar la desgracia de dos personas: que á vos os enseñaria lo que es el mundo, y á mí me revelaria un amor que no he sentido hasta ahora... ¡vos lo habeis querido, Maria! Y bien; ahora... (Se levanta. En aquel momento se oye ruido á la puerta de la derecha del primer término.)

MARIA. (Asustada.) ¡Alguien hay en ese cuarto!

RICH. (Mirando hácia donde se oye el ruido.) No; no es nada... esta casa se halla enteramente á vuestra disposicion... (Poniéndose en medio de la escena.) A vuestra disposicion, y para vos sola... Nada temais.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y FLORINDA.

FLOR. (Apareciendo de repente por la puerta de la derecha.) Continúad, señor duque... es muy edificante...

RICH. ¡Florinda!... ¿Qué venis á hacer aquí, señorita?...

FLOR. (Colocándose entre Maria y Richelieu.) Vengo á salvar á esta jóven, monseñor... (A Maria.) Dignaos entrar allí, señorita Maria, mientras doy al señor duque las esplicaciones que tiene derecho á pedirme. (Conduce á Maria á la puerta de la izquierda. Despues de cerrar la puerta fija la vista en Richelieu.)

RICH. (Serio.) Y ahora, señorita Florinda...

FLOR. (Serio.) Chut... (Se pone á escuchar al través de la puerta por donde entró Maria y volviéndose luego hácia Richelieu suelta una carcajada.) ¡Ah! ¡ah!... ¿qué decis de todo esto, monseñor?

RICH. Digo, señorita...

FLOR. Ea, no finjais enfado, señor duque: mas ganais teneis de reír que yo...

RICH. ¿Yo?...

FLOR. Si, vos; ¡ah! ¡ah! no os contengais, monseñor ¡ah, ah!

RICH. (Riendo.) Y bien, sea: ¡ah, ah!... pero vete.

FLOR. Servidora vuestra, señor duque...

RICH. No, por vida mia... vete.

FLOR. Por vida mia; no me voy...

RICH. Pues bien, pardiez; quédate. Enviemos la sobrina á su tío, y arreglaremos cuentas los dos.

FLOR. ¿Y para qué?

RICH. ¡Toma! para recompensar el cariño que mutuamente nos tenemos. Espero no me querreis hacer creer que habeis venido únicamente guiada por interés hácia esa niña... y ademas es necesario ser honrada; ¡qué diablo!... Tu abusas de la entrada secreta que te he concedido de buena fé, aprovechándola en mi perjuicio... asustas á las gentes, las desanimas y quieres que me ria en vez de enfadarme... Me rio... segun tu quieres... pero has de saber, que para acabar esta comedia, te digo muy formalmente que no suelto á mi cautiva sin que te quedes en rehenes en su lugar... y que si no, no... Con que buenas noches... ó muchas gracias... escoged. Os concedo un minuto para decidiros.

REM. (Anunciando desde la puerta del fondo.) El príncipe de Montbar acaba de llegar con un mensaje de S. M.

RICH. Al momento voy... (Vase Remigio.) ¿Qué decis, señorita? ¿os acompañan ú os quedais?

FLOR. Todavía no ha pasado el minuto, monseñor.

RICH. ¿Me haceis trampas? no me importa: juego limpio... pero dadme vuestra palabra que encontraré aquí una de las dos.

FLOR. Os doy mi palabra, monseñor.

RICH. Mil gracias... No hago mas que ensartar un ministerio y vuelvo.

FLOR. (Aparte.) Nada todavía... ganemos tiempo... (A Richelieu.) Perdonadme, monseñor; me parece que me habeis dicho ibais á formar un ministerio... ¿caso ha caido el que presidia Mr. de Meaupou?

RICH. ¿Te interesa?... Si; el canciller de Meaupou duerme esta noche su último sueño de ministro... ¡Diablo! ¡y no es ciertamente el sueño del justo!

FLOR. ¿Pues yo os creia su amigo!

RICH. Todo lo contrario... ahora estamos reñidos... mortalmente.

FLOR. Perdonad, monseñor, ¿pero qué os ha hecho?

RICH. ¿Qué me ha hecho?... que ya no es ministro.

FLOR. (Aparte.) Un momento vale mucho. (A Richelieu.) ¿Y es el príncipe de Montbar el que le reemplaza?

RICH. Si. (Aparte.) ¿Qué mania la ha dado ahora de politiquear?

FLOR. ¿Y por qué no conservais ese puesto para vos, monseñor?

RICH. Te diré... me gusta mas ser el amigo de todos los ministros, que el ministro de todos mis amigos. (Dirigiéndose hácia la puerta.) Con que cuento con vuestra palabra: voy á concluir en poco tiempo ese negocio y vuelvo al instante. A Dios. (Vase.)

ESCENA III.

FLORINDA; despues MARIA Y RENATO.

FLOR. ¡Diablo de viejo! (Escuchando.) ¡Oh! por esta vez he oido bien... es un carruaje que se los lleva (Corre á la ventana y la abre.) ¡Es Renato! ¡pst... pst... pronto por la reja del jardín... (Le echa una llave y corre á abrir la puerta de la izquierda.) Venid, Maria, venid, es una amiga la que os llama, venid...

MARIA. ¡Ah señora! sacadme de aquí.

FLOR. Eso es lo que no puedo hacer por mí misma, querida mia; pero otro se encargará.

MARIA. ¡Otro! (Renato aparece en el fondo.) ¡Renato!

REN. ¿Maria en esta casa? luego era cierto.

FLOR. Pronto, pronto, que no tenemos tiempo que perder... sacadla pronto de aquí, Renato.

REN. ¿Y con qué derecho me atreveria yo á violentar el gusto de esta señorita? ella ha venido por su capricho, y seria mucha crueldad el arrancarla contra su voluntad.

FLOR. ¡Por favor!

MARIA. Teneis razon, señor Renato: dejadme, abandonadme... mi corazon tiene necesidad de sufrir un gran dolor para hacerse perdonar, y vos sois el que me lo causais... gracias, y adios.

FLOR. Os lo suplico en nombre del cielo; vais con eso á hacer se nos sorprenda.

REN. Sois una muger sin piedad, Maria: me veis anonadado por esta horrible apariencia... no os pido mas que una palabra para desengañarme... y me la rehusais!

FLOR. ¡Os vais á perderos ambos!

CHAT. (Fuera.) Es imposible, señor duque.

MARIA. (Asustada.) ¡Mi tío!

FLOR. ¡Estamos frescos! pronto, ocultaos. (La empuja hácia el gabinete de la izquierda y cierra.)

ESCENA IV.

RENATO, FLORINDA (Delante de la puerta.) FRONSAC Y CHATEAU.

FRON. (Entrando.) ¿Qué os decia yo?... allí está... he visto la falda de su vestido. Os digo que les he seguido... Por esta vez, señorita Florinda, hemos pillado á vuestra discreta amiga.

CHAT. Os digo, señor duque, que es imposible. No podré creer nunca que la señora canonessa, tan santa muger y de tan gran talento...

FRON. ¡Novela!... ¡novela!... voy á convencerlos. Quitaos de ahí, mi diosa, que yo desengañe á este incrédulo.

FLOR. El señor duque, quiere sin duda cambiarse...

FRON. Ni por pienso... tengo que tomar la revancha contra esa señora... no la hablaré, sino queréis; pero quiero verla y que la vean.

CHAT. Tengo el honor de asegurar al señor duque...

FRON. ¿Puedo acaso sufrir que un amigo como vos, y á quien tanto quiero, sea el juguete de una hipócrita?... ¿Qué confie á una intriganta la educacion de su sobrina?... ¡Hola!... fuera de ahí.

REN. (Poniéndose delante de Florinda.) Yo aseguro al señor duque de Fronsac que se equivoca, y que la persona que hay, no es la señora canonessa.

FRON. Me permitireis, señor alférez, que no crea en este momento vuestra palabra... ¡Hola! ya he dicho, que se me deje el paso franco.

REN. Permitidme, señor duque; es imposible.

FRON. Veo, señor porta-estandarte, que tomais la costumbre de tratar muy lijeramente el honor de las mugeres.

REN. ¡Vive el cielo, caballero!...

CHAT. Me parece, monseñor, que esta jóven podria tener razon.

FLOR. En nombre del cielo, monseñor...

FRON. (Con altivez.) Fuera de ahí...

REN. El señor duque de Richelieu vuestro padre ha defendido el puesto que se le habia confiado, contra un príncipe de sangre real... yo sabré defender el mio contra el señor de Fronsac.

FRON. Y yo os trataré como un vil lacayo que sois. (Levanta su baston contra Renato, y este echa mano á la espada. Richelieu aparece en el fondo.)

ESCENA V.

LOS MISMOS Y RICHELIEU.

RICH. ¡Qué es esto! (Momento de silencio mientras baja á la escena con dignidad.)

FRON. Casi nada, señor... queria castigar á ese criado que se desmandaba.

FLOR. Se queria proteger una muger amenazada.

RICH. ¡Silencio!... Señor Chateau... (Se acerca este.) Señorita Florinda... dignaos dejarnos solos... (A Remigio que permanece en el fondo.) Alumbra á estos señores... (Salen Chateau y Florinda. Remigio cierra la puerta del fondo.)

ESCENA VI.

RENATO, RICHELIEU, FRONSAC.

REN. ¡Señor duque! á vos debo el ser oficial del ejército: si este titulo que me impone el deber de defender el honor de mi patria no me da el derecho de guardar el mio, os lo devuelvo humildemente. El lacayo del señor de Fronsac no puede ser un digno servidor del rey de Francia.

RICH. Es verdad: acepto vuestra dimision si aceptais la afrenta.

REN. ¡Oh! ¡gracias monseñor! (A Fronsac.) Señor duque, tengo el honor de pedirnos una satisfaccion por el indigno ultrage que me habeis hecho.

FRON. (Con desprecio.) ¿Cómo os llamais; amigo?

RICH. ¡Eh! caballero; ya lo habeis oido... se llama como vos y yo... un oficial del ejército.

FRON. (Con desprecio.) Un porta-estandarte... ¿segun creo?

RICH. Si es el grado el que os interesa, caballero, tranquilizaos, porque ya es coronel. El príncipe de Montbar me acaba de entregar los despachos.

REN. ¡Monseñor!

FRON. Muy bien, si asi os parece, señor: pero si á cada instante os da el capricho de conceder á un extranjero toda vuestra intimidad, yo no quiero por mi parte olvidar lo que debo á mi clase y á mi cuna... No he leído al señor Rousseau... ni soy académico, ni filósofo... pero soy noble y sabré hacer respetar mi nombre.

RICH. Hacedle, pues, respetar, y no le rebajeis.

FRON. ¡Señor duque!

RICH. Si vuestro nacimiento no os eleva sobre los demas sino para hacer ver mejor lo poco que valeis, ocultad vuestro origen en vez de alabaros de él. Quitaos de la luz si en lugar de haceros brillar, no ha de servir mas que para haceros traicion.

FRON. Confieso que esta leccion de moral en boca del señor mariscal de Richelieu...

RICH. Basta ya. Hace ya mucho tiempo que queriendo imitar a vos y vuestros amigos, no haceis mas que deshonrar la copia y el modelo... Ciertamente yo he sido de mi época... pero si no éramos los mejores éramos siempre los mas valientes. Sabiamos que el nombre de familia exige tambien su bautismo, y por eso íbamos á probar la limpieza de nuestra sangre á la faz del sol de los campos de batalla. Al salir de una orgia, volábamnos al campamento á ganar victorias, y la Francia nos perdonaba, porque decia... son unos calaveras, es verdad; pero tambien son muy valientes y me aman.

FRON. Muy contentos estarán los enemigos de la nobleza cuando sepan que el duque de Richelieu milita entre sus filas.

RICH. Los enemigos de la nobleza, caballero, son esos mismos nobles que la hacen sospechosa, colocándola entre el odio público y el ridiculo... Los que en vez de decir como otras veces: «nobleza obliga» dicen «nobleza absuelve...» ¡los que se ocultan detrás de sus títulos cual gente sospechosa, malhechores privilegiados, bandidos impunes! ¿Queréis que se os respete así? ¿Creéis que se os guardará mayor consideracion, á medida que se os irá despreciando? ¿No teméis que el día del peligro ese pueblo de Francia á quien haceis dudar de vuestro valor os diga: «dadme vuestra espada que yo sabré defenderme?» y cuando la tendrá en sus manos no os la devolverá... ¡y hará muy bien, pardiez!... Pero en suma, ¿queréis si ó no, dar satisfaccion á ese jóven?

FRON. No.
RICH. (*Aparte con dolor.*) ¡Y es mi hijo! (*A Renato.*) Y bien, señor Renato, pues que se os ha robado vuestra honra en mi casa, yo os la devolveré... nos batiremos los dos.

REN. (*Inclinándose.*) ¡Monseñor!
RICH. Yo borraré con mi mano la mancha que se ha querido hacer á mi nombre... (*A Fronsac.*) Salid de aquí.

FRON. (*Inclinándose.*) Sois mi padre... señor.
RICH. En efecto, ¡pardiez! y esto es lo que os vale... (*Vase Fronsac.*)

ESCENA VII.

RENATO, RICHELIEU, y despues MARIA.

RICH. Ya os lo he dicho, señor Renato; estoy á vuestras órdenes.

REN. Monseñor, tengo el mas profundo agradecimiento por el favor que acabais de concederme... pero no puedo aceptarlo.

RICH. ¿A qué viene tanto escrupulo?... ¿Es, acaso, mi edad la que os detiene? Persuadios que soy hombre que puede hacerlos temblar.

REN. No por eso seria menos desigual la lucha, monseñor; yo no tendria el valor necesario para batirme con mi bienhechor. Me basta con el honor de vuestra proposicion.

RICH. (*Yendo á sentarse á la izquierda.*) Como gustéis...

MARIA. (*Abriendo la puerta con precaucion.*) Nada oigo... ¡ah!... (*Se retira.*)

RICH. Escuchad, hijo mio: siento por vos una verdadera amistad... y si no puedo probarosla con una estocada... os la probaré, al menos, con un buen consejo. Estais en una edad en la que es permitido el ser engañado... pero es necesario serlo el menos tiempo posible.

REN. No os comprendo, monseñor.

RICH. Vos amais á una cierta canonesa...

MARIA. (*Detras de la cortina.*) ¡Dios mio!

REN. ¡Monseñor!

RICH. La amais; ¿no es verdad?... en esto no hay mal alguno; pero si le hay en que ella se presente á vuestros ojos como una virtud muy austera y un tesoro de pureza... y que vos lo creais.

REN. No hablemos mas de ello, monseñor; os lo ruego: yo no amo á esa señora... al menos como vos creis que la amo.

RICH. ¿Con qué no la amais? ahora lo veremos... tened la bondad de sacar de ese cofrecillo... allí... á la derecha... un gran libro encuadrado en tafete encarnado... ese mismo... dádmele... es una coleccion de dibujos al pastel, y retratos de diferentes mugeres... en fin; mis archivos de galanteria... (*Hojeando el libro.*) Podria enseñaroslo sin indiscrecion alguna... la mayor parte apenas podrian ser reconocidas... son risas graciosas, convertidas en arrugas por el tiempo... apenas las reconozco... Pero aqui teneis una por ejemplo... ¿Qué es esto?... me engañé, (*Aparte y á media voz.*) ¡es mi muger!... Como podreis suponer, amigo mio, salva esta escepcion, esto es un museo de Magdalenas pecadoras... menos el arrepentimiento... ¡Tomad!... aqui teneis una cuyo semblante no ha cambiado demasido... ¿La reconocéis?

REN. (*Mirando.*) ¡Gran Dios!

RICH. Ya veis que la amais.

REN. ¡Ella!... ¡es imposible!...

RICH. No tengais duda... yo os lo digo.

REN. No os creo, monseñor.

RICH. (*Con severidad.*) La amais demasiado, caballero.

REN. Monseñor; me acabais de decir que apenas, si conservais memoria de lo que fueron, las que encerrais en ese libro de vergüenza y deshonra... Tal vez

os hayais equivocado... decidme solamente que es posible que sea así... ó que un error ó una venganza hayan hecho confundir ese retrato entre los demas.

RICH. No hay aqui error ni venganza; es un recuerdo exacto... ese retrato ocupa ahí dignamente su lugar.

REN. Y bien, no, monseñor, no: á pesar de vuestro recuerdo y... de vuestra palabra, solo un error ingenioso ha podido mezclar ese retrato en esa galeria del deshonor.

RICH. Contais demasiado con la escusa de vuestra edad olvidando la gratitud y el respeto que se me debe... por una intriga de máscaras... ó un amor efímero por una aventurera.

REN. En efecto, monseñor; perderia todo el respeto y toda la gratitud que os debo, si á quien trata así á esa muger, no le respondiese, cualquiera que sea el rango y posicion que ocupe; que ha mentido villanamente. (*Se coloca en medio de la escena.*)

RICH. (*Poniendo el album sobre el velador y levantándose.*) Espero, caballero, que al decir estas palabras habreis desechado todos vuestros escrúpulos.

REN. Declaro que defenderé su honor aunque sea contra vos mismo, monseñor.

RICH. Muy bien... ¿estais dispuesto?

REN. Mañana á la hora que gustéis, y donde mas os convenga.

RICH. Mañana no... soy presidente del tribunal de honor, y esta circunstancia me impide el batirme por esas calles. Empero todo lo tengo prevenido. En mi jardin hay una galeria muy á propósito para ello... id, que dentro de diez minutos soy con vos.

REN. Os obedezco, monseñor. Pero antes promettedme que hasta despues del duelo respetareis ese cuarto (*Indicando donde Maria está encerrada.*)

RICH. ¡Pardiez, caballero! eso es ya una locura ó una desfachatez imperdonable en el momento en que vais á batiros por otra.

REN. Vos no querreis, monseñor, abusar de la imprudencia de una niña... La jóven que se halla ahí, no os ama ni puede amaros.

MARIA. (*Saliendo repentinamente.*) Os engañais, señor Renato. (*Renato da un grito... Richelieu hace un gesto como si quisiera decir: «YA LO VEIS»... y enseña la puerta de salida á Renato, que marcha desesperado.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ANALES DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II.

OBRA PÓSTUMA

DE DON JAVIER DE BURGOS (1).

Ociosos es encarecer el gran mérito de las relaciones contemporáneas para la cabal inteligencia de la historia. Sin ellas, las colecciones diplomáticas parecen como faltas de vida. Aun respecto de las edades en que el pensamiento no era libre, y en que, por ser difíciles los medios de publicidad, cabia desfigurarse mas impunemente los sucesos por enemistad ó por lisonja, tienen imponderable valor las aseveraciones de los que refieren lo que vieron con sus propios ojos. Que la pasion guie á veces su pluma, no es licito negarlo: por eso la sana critica investiga cuidadosa lo que el testigo ocular escribe; deslinda los hechos y las opiniones; indaga qué medios tuvo el autor para profundizar la materia de que trata, cuál era su posicion social, hasta dónde se extendian sus conocimientos, y la relacion en que se hallaban sus doctrinas con el curso general de los sucesos. De este detenido analisis, aplicado á cada uno de los escritores que se esforzaron por transmitir á la posteridad los acontecimientos de una nacion, en un periodo dado, juzgándolos á su manera, resulta la verdad matemática que nunca puede aspirar al puesto que la verdad histórica probada ocupa.

Para comprender á fondo la heroica lucha de España contra el capitan del siglo, no basta estudiar la obra justamente célebre del conde de Toreno, diputado en las cortes de Cádiz, ardiente defensor de las reformas, y por consiguiente resuelto adversario del régimen antiguo; es menester, ademas, parar la consideracion en los escritos de polémica del padre Alvarado, religioso dominico, tan enemigo de los franceses como del nuevo orden de cosas que iban instalando las Cortes; y conviene asimismo examinar la vindicacion de Ofarill y Azanza, esclarecidos militares y españoles sin manilla, hasta que por juzgar temeraria la resistencia de sus compatriotas al belicoso impetu y á la sagacidad artificiosa del arogante avasallador de naciones, ó por otras causas, se pusieron del lado del monarca intruso, y no vacilaron en ser sus ministros. Teniendo á la vista estos datos que interpretan legitimamente las diversas opiniones de los liberales, de los serviles y de los afrancesados, se puede avalorar la historia de los hechos morales, é incorporarla á la de los hechos materiales, consignada en los papeles de oficio de 1808 á 1814.

Por un procedimiento análogo para conocer lo acaecido desde la muerte del último Fernando, hay necesidad de oír á los que, invocando el tratado de Utrech,

que de haberse observado á la letra hubiera escluido del trono á Carlos IV, creyendo derogada la ley que, á falta de varon, llama á las hembras á la sucesion de la corona; á los que, despues de beber por largos años las aguas de extranjeros rios, se agruparon en torno de la augusta princesa que le abrió con benéfica mano las fronteras de la patria; y á los que, deplorando las calamidades de la reaccion á que sirvió de instrumento el duque de Angulema, y no siendo víctimas de persecuciones, concebian posible el noble propósito de caminar pausadamente, aunque sin pararse nunca, por la via de las reformas, y de hacer frente á un mismo tiempo á la inmensa mayoría de los sostenedores del sistema antiguo, declarados en rebeldia, y á los que se mostraban impacientes por estirpar hasta la posibilidad de que se renovaran las escenas crueles que los arrastraron al destierro, y á muchos de sus compañeros, mas sin ventura, al suplicio.

Tomando en cuenta esas observaciones generales para hablar de los *Anales de Isabel II*, empezamos por calificar su importancia de grave. Don Javier de Burgos como hábil administrador, consumado político, entendido literato, y una de las cabezas mas privilegiadas entre las eminentes de su tiempo, por necesidad habia de reunir superabundantemente las dotes que se requieren para escribir historia. Actor muy principal en los primeros sucesos del reinado de doña Isabel II, se hallaba en aptitud de penetrar los orígenes mas recónditos de ellos; espatriado voluntariamente desde 1835 hasta 1840, y residente en París, dedicó sus ocios á componer el libro de que ya van publicados cuatro tomos. Su intimo amigo el entendido don Felix Reinoso y otros muchos, amigos tambien suyos, y personas de gran nota, le comunicaban periódicamente lo que en la corte y en las provincias acontecia; á su alcance estaban los documentos oficiales; alternativamente los trastornos políticos y el venturoso desenlace de la guerra civil llevaban á la emigracion personajes de los opuestos bandos, y con muchos de ellos consultaba el señor Burgos lo que llevaba escrito, y lo perfeccionaba de resultados de sus noticias. Como apóstol del orden desde muy antiguo, y hombre grandemente ilustrado, tenia igual aversion á los tumultos que á las reacciones; aspiraba á buscar los remedios de los abusos, cuidando de que no hubiera abusos en los remedios. Este laudable conato se observa en el espíritu de su obra. El que con singularísima entereza aconsejaba á Fernando VII en 1826 promulgar una amnistia sin escepciones, ó reduciéndolas á escaso número si habia de determinarse alguna; el que, enemigo del furor de las persecuciones, predicaba tolerancia, y trabajaba por restaurar el crédito de la nacion y por el acrecentamiento de los intereses materiales, lógicamente anhelaba, siendo ministro de Fomento en 1834, llegar por apacibles senderos á los adelantos políticos y sociales. Pero su voz desoida en 1826; el encarnizamiento del fanatismo arreció en 1831; los emigrados con capacidad para ascender en sus respectivas carreras, con ambicion para solicitar el mando, con resentimientos en los corazonas, y contando por vigorosos auxiliares á los jóvenes, testigos del afrentoso gobierno que perseguia la ciencia hasta el punto de cerrar las universidades, no podian resignarse al papel pasivo á que los condenaba el célebre é impremeditado manifiesto de 4 de octubre. «Yo trasladaré el cetro de las Españas á manos de la reina á quien se lo ha dado la ley, integro sin menoscabo ni detrimento, como la ley misma se lo ha dado.» Estas fatídicas palabras, puestas en boca de la reina Gobernadora por sus consejeros, habian de sonar naturalmente en los oídos de los emigrados como el *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*, del Dante. Sobremodera imprudente era vaticinar lo que habia de suceder durante el curso de once mortales años en circunstancias sumamente azarosas, y en las que no habia modo de augurar los sucesos del día siguiente. Así, en vez de amilanarse, los hombres que profesaban las ideas anatematizadas en el manifiesto de 4 de octubre, reconcentraron sus esfuerzos para abrirse paso, y pocos meses despues se publicaba una ley fundamental del Estado y se convocaban las cortes del reino. Por consiguiente, en nuestro sentir el elevado designio del señor Burgos de adelantar imperturbablemente y con cordura por el camino de las reformas, pudo realizarlo Fernando VII en 1814 y aun en 1823; mas era de todo punto quimérico é inverosímil que lo realizara la ilustre gobernadora del reino en 1834, cuando la masa de los defensores del absolutismo de su esposo esgrimia las armas ó profesaba opiniones en favor de su rebelde cuñado.

Sin mas que lo que llevamos dicho; se demuestra, que los *Anales* debidos á la pluma del señor Burgos, no son la expresion de las opiniones de los que, invocando el tratado de Utrech, creyeron derogada la ley que á falta de varon llama á las hembras á la sucesion de la corona, aunque se revocó en las cortes de 1789; ni tampoco de los principios proclamados por los que, despues de beber por largos años las aguas de extranjeros rios, se agruparon en torno de la augusta princesa que les abrió con benéfica mano las fronteras de su patria. Los *Anales de Isabel II* simbolizan la doctrina de los que, deplorando las calamidades de la reaccion á que sirvió de instrumento el duque de Angulema, y no siendo víctimas de persecuciones, concebian el noble propósito de caminar pausadamente, aunque sin pararse nunca, por la via de las reformas, y de hacer frente á un mismo tiempo á la inmensa mayoría de los sostenedores del sistema antiguo, declarados en rebeldia, y á los que se mostraban impacientes por estirpar

(1) Suscribese en Madrid en el Gabinete Literario, calle del Príncipe, núm. 25.

hasta la posibilidad de que se renovaran las escenas crueles que los arrastraron al destierro, y á muchos de sus compañeros, mas sin ventura, al suplicio.

Fijado así el espíritu de la obra del señor Burgos, es tarea en extremo desembarazada hablar de su desempeño. No tratándose de un autor novel, sino de un hombre reconocido como maestro no menos en administración que en literatura, escusado es que nos detengamos en encomiar el buen método del libro, la elevación de miras que se nota en el texto, la magestad de la narración, la pureza y elegancia del estilo.

Doce libros van publicados en los tres primeros tomos. Abraza el primero de aquellos, desde la muerte de Fernando VII hasta la subida de Martínez de la Rosa al ministerio: el segundo hasta la llegada de Mina á Pamplona: el tercero hasta la batalla de Mendigorría: el cuarto hasta la caída de Torenó: el quinto hasta la disolución de las juntas: el sexto hasta la toma del Santuario de Horts por Mina: el sétimo hasta la formación del ministerio Isturiz: el octavo hasta el pronunciamiento de la Granja: el noveno hasta la heroica defensa de Bilbao: el décimo hasta la llegada de Espartero á San Sebastian: el undécimo hasta la caída del ministro Pita: el duodécimo hasta modificaciones del ministerio Bardají.

Por igual resalta la habilidad del señor Burgos al trazar los retratos de los personajes de mas nota, al desenvolver las intrincadas complicaciones de las diferentes crisis, y al describir el progreso de las operaciones militares. Tanto embeleso produce hallar referidos con tanta maestría los sucesos que han pasado á nuestros ojos, como pesadumbre causa que el eminente autor se privara voluntariamente de gozar en vida de los aplausos de que le hace digno su obra. Cuando la publicación termine, completaremos su analisis puntualizando sus mas principales bellezas.

Por hoy concluimos nuestra tarea manifestando, que la obra del señor Burgos cumple admirablemente las condiciones del programa que en las primeras lineas de su libro primero formula de esta manera.

«Propóngome consignar en estas páginas los sucesos ocurridos en España despues de la muerte de Fernando VII; desenvolver su origen; fijar su índole; señalar su enlace; mostrar de qué modo algunos, en que nadie reparó, influyeron en otros gravísimos, y hacer ver por qué trámites han llegado la causa de Isabel II, y la suerte de la nación española al estado en que hoy se encuentran. No les han traído á él ni grandes batallas, ni cumplidas negociaciones; ni ocurrencias de que, por su publicidad, puedan todos calcular el alcance ó determinar el influjo, sino hechos que todos ignoran en todo ó en parte, ó que han sido por lo comun mal comprendidos y peor calificados. Si, al desentrañar estas causas, tengo tal vez que detenerme sobre las personas que, de un modo ú otro, han contribuido á su desarrollo, y descender á pormenores que en cierta manera, pueden llamarse domésticos, no temo que parezcan estos poco dignos de la magestad de la historia, cuando se piense que ellos solos pueden explicar muchos hechos políticos que, por falta del conocimiento de sus antecedentes ocultos, se han juzgado generalmente de un modo erróneo. Revelándolos, la exactitud mas escrupulosa, la imparcialidad mas severa, guiarán mi pluma, y señalando errores funestos, y de ellos tal vez sacando las consecuencias deplorables, procuraré que no se resienta mi lenguaje de la vehemencia de mi patriotismo.»

BOSQUEJO

SOBRE LA TOMA DE GIBRALTAR POR LOS INGLESES.

Parece predestinado nuestro clásico suelo á ser en todas las edades el teatro de heroicas hazañas. Sagunto y Numancia, Viriato y Sertorio, fueron los fundamentos de nuestra gloria; Clavijo, San Esteban de Gormaz, Coria, Navas de Tolosa, Tarifa, Salado, Toro, Granada y otros innumerables lugares, no quedando en el recinto de nuestra Península un solo ápice, que no se hubiese hecho notable con hechos heroicos. Pero como si todavía faltase algo para sellar nuestra gloria, la ilustre Calpe nos dá un ejemplo de valerosa y sublime abnegación, cuando pasó de nuestro poder al de la altanera Albion. Este es justamente el asunto que constituye el presente bosquejo. Si yo no hubiera confiado en la benevolencia de mis compatriotas, me hubiera arredrado mi temerario proyecto, pero como me son bien conocido sus corazones nobles y generosos, entro con decisión á proseguir la narración de este memorable acontecimiento de nuestra historia moderna. Carlos II acababa de espirar, el duque de Anjou bajo el nombre de Felipe V, era llamado á ocupar el trono de San Fernando. Pero los manejos secretos del emperador de Alemania, Leopoldo, y la envidia que inspiraba Luis XIV á las cortes de Europa, hicieron nacer una coalición terrible contra los principes de la casa de Borbon. El Austria, la Inglaterra, la Holanda, el elector de Brandeburgo, el rey de Portugal y el duque de Saboya ajustaron un tratado en el Haya conocido bajo el nombre de *Gran Alianza*, contra la Francia, y la España. Una escuadra inglesa y holandesa de ciento y veinte naves bajo el mando del almirante inglés Rooke, y con nueve mil hombres de desembarco, regidos por el principe Jorge de Darmstadt, salió de la Mancha, para

hacer conquistas en España. Rechazado vigorosamente de Barcelona por la intrepidez del virey de Cataluña, don Francisco de Velasco, retrocede al estrecho, y sabiendo el estado en que se hallaba Gibraltar resuelve conquistarlo, y el día 4.º de agosto de 1704 se presentó esta formidable escuadra combinada en la bahía. Don Diego de Salinas era gobernador de la plaza, y su guarnición no llegaba á ochenta hombres. A vista de tan numerosos enemigos, conoce la ciudad el peligro grave en que se encuentra, y toma las disposiciones mas convenientes para su defensa; alista el mayor número que puede de soldados y paisanos, y logra reunir cuatrocientos setenta hombres, incluso algunos milicianos de la comarca. Don Diego de Salinas determina defenderse, y reparte su escasa y valerosa guarnición en los puntos mas convenientes.

Entre tanto los enemigos disparan algunas bombas con el intento de intimidar á los vecinos, y conocer, si como estaban persuadidos, toda la nación española ambicionaba un monarca de la casa de Austria, y esperar la entrega de la plaza. Con este motivo escribió el principe de Darmstadt una carta á la ciudad incluyendo otra del archiduque Carlos. El ayuntamiento se reúne, y se abren las dos cartas, y en la del archiduque se encuentra que dá por inconcusos sus derechos á la corona de España intitulándose rey de ella; en su carta se espresaba de este modo.—El rey.—A mi ciudad de Gibraltar.—Estando plenamente informado del celo con que siempre os habeis señalado en servicio de mi augustísima casa, y no dudando que lo habeis de continuar, he tenido á bien deciros, como el almirante Rooke, general de las armas marítimas de S. M. Británica, pasando al mar Mediterráneo á otras expediciones de mi real servicio, llegará á ese puerto, y os hará dar esta mi real carta, y os noticiará, como yo estoy muy próximo á partir á las fronteras de este reino, y entrar en los mios, para tomar la posesión, que por tan justos y debidos titulos me pertenece, despues de la muerte del rey don Carlos II, mi señor y mi tío (que santa gloria haya); esperando yo de lo mucho en que siempre habeis acreditado vuestra fidelidad á mi augustísima casa, pasareis luego que leais esta mi real carta á aclamarle, y hacer que todos los pueblos circunvecinos que estén bajo vuestra jurisdicción lo ejecuten en la misma conformidad, con el nombre que todas las mis potencias de Europa, me reconocen por legitimo y verdadero rey de España, y con que el emperador mi señor y mi padre me proclamó en su imperial córte, que es el de Carlos III; asegurándoos y empeñando mi palabra real, si así lo ejecutais, que os serán guardadas vuestras exenciones, inmunidades y privilegios, en la misma forma que las conservó, y guardó el difunto rey don Carlos II, mi señor y mi tío; tratándoos á vosotros y á todos mis amados españoles, con el amor y benevolencia que siempre habeis experimentado de la clemencia y benignidad de los señores reyes mis predecesores. Si ejecutais lo contrario, que es lo que no puedo creer de tan fieles vasallos á su legitimo rey y señor natural; será preciso á mis altos aliados usar de todas las hostilidades que trae la guerra consigo, aunque con el extraño dolor mio de que los que amo como á hijos padezcan, porque ellos quieren, como si fuesen los mayores enemigos. El mismo almirante Rooke lleva orden para que cuando vuelva á pasar por ese puerto, si se lo pidieris os asista con la gente que pudiere dar, si la necesitáreis. Dado en Lisboa á cinco de mayo de mil setecientos y cuatro.—Yo el rey.—Por mandado del rey mi señor. Enrique Bengel (1).»

La del principe, fecha 4.º de agosto, decia: «que antes de pasar á la guerra ulterior no escusaba manifestar que esperaba conoceria la ciudad su verdadero interés y justicia; que la causa por sí misma le demostraba el grande afecto que le profesaba, y el deseo de emplearse en su servicio, esperando que Gibraltar ejecutaria en vista de la real carta cuanto S. M. se servia mandar en ella, de lo que quedaria el rey Carlos con el reconocimiento que debía á tan noble y leal ciudad.» Añadía que aguardaba sin dilación la respuesta (2).

No tuvo mucho que deliberar la ciudad sobre lo que tenia que responder al duque de Darmstadt; su respuesta es un ejemplo de la mas sublime fidelidad por su rey. Espera el principe aunque en vano dos dias mas para ver si al fin los vecinos á vista de la escuadra combinada se amedrentaban y tomaban el partido del archiduque. Con este motivo volvió á escribir otra vez á la ciudad diciéndole: «que aunque la respuesta de la ciudad no era digna de las benignidades que deseaba ejercer, repetia lo que en la antecedente, asegurando que mientras tenia lugar hallaria la misma benignidad; pero si dentro de media hora no rendían la plaza á su legitimo rey y señor Carlos III, se pasaria á todo el rigor que merecia la resistencia (3).»

Esta carta no encontró mejor acogida que las anteriores. Los enemigos entonces se persuadieron que es inútil esperar la entrega de la plaza, y dieron claramente que el solo medio de enseñorearse de ella era tomarla por asalto. Ponen en línea treinta navios, y al amanecer del día 4 de agosto empieza un continuo y horrible fuego, y arrojan treinta mil balas en seis horas (4).

Asaltan con gran denuedo los dos muelles; el nuevo se defiende con valor; pero el gran número de si-

tiadores hace la resistencia en vano, y logran los enemigos, despues de una defensa heroica, apoderarse de él. El viejo tambien es asaltado de numerosos enemigos, y su comandante, conociendo que toda defensa es inútil, lo abandona, haciendo volar por medio de una mina una torre que habia en dicho muelle, llamada de Leandro, y sus destruidas siete lanchas con trescientos hombres.

¿Entonces que puede hacer esta heroica ciudad asaltada por todos lados de numerosos combatientes y sin esperanza de ser prontamente socorrida?... El único medio que le quedaba, si no queria pasar por los azares de la guerra en una ciudad tomada por asalto de una soldadesca furiosa y desenfrenada era capitular.... Don Diego de Salinas conociendo los peligros en que se encuentra la ciudad, dilata la entrega de la plaza, y su noble corazon queriendo ahorrar las vidas y haciendas que le fueron confiadas, pide capitulación. Los enemigos envian oficiales para estipular las condiciones de la entrega, y se conviene en los seis artículos siguientes.

Art. I. La guarnición, oficiales y soldados podrán salir con sus armas y bagages necesarios, y los dichos soldados con lo que puedan llevar en sus hombros, y los oficiales, regidores y demas caballeros que tuvieren caballos pueden salir con ellos, y así mismo se darán las embarcaciones que necesitaren á los que no tuvieren bagages.

Art. II. Que puedan sacar de la plaza tres piezas de bronce de diferentes calibres, con doce cargas de pólvora, y las balas correspondientes.

Art. III. Qué se haga la provision de pan, carne y vino para seis dias de marcha.

Art. IV. Que no sean registrados los bagages que conduxeren ropa en arcas y cofres de oficiales, regidores y demas caballeros, y que la guarnición salga dentro de tres dias: que la ropa que no se pudiere conducir se quede en la plaza, y se envíe por ella cuando haya oportunidad, y no se impida sacar algunos carros.

Art. V. A la ciudad y los moradores, soldados y oficiales de ella, que quieran quedarse, se conceden los mismos privilegios que tenían en tiempo de Carlos II. La religion, y todos los tribunales quedarán intactos y sin variación, previo el juramento de fidelidad á la magestad de Carlos III como su legitimo rey y señor.

Art. VI. Que deban descubrir todos los almacenes de pólvora y demas municiones, como tambien provisiones de boca que se hallaren en la ciudad, y las armas que sobren.

De esta capitulación están escludidos todos los franceses, y súbditos del Cristianismo, y todos los bienes de ellos quedarán á disposición nuestra, y sus personas prisioneras de guerra.—Jorge landgrave de Asia (4).

Estas fueron las condiciones que impusieron los vencedores á los vencidos, no tan duras como se imaginó que serian.

El principe de Darmstadt alzó el estandarte imperia proclamando por rey de las Españas al archiduque Carlos, pero los ingleses enarbolaron su estandarte real, aclamando á la reina Ana, en cuyo nombre tomaron la posesión de Gibraltar. Los vecinos, conforme á la capitulación, hubieran podido permanecer en la ciudad vencida mediante el homenaje de fidelidad al archiduque Carlos; nadie hubiera podido vituperarlos si se hubiesen quedado, segun las prácticas en los pueblos conquistados. Pero los ilustres gibraltareños habian jurado fidelidad á su legitimo monarca Felipe V, y antes que faltar á su promesa abrazaron una resolución que tiene pocos ejemplos en las historias: ¡Ellos se alejaron del lugar que los vio nacer, abandonaron sus casas y haciendas, se desprendieron de todos sus haberes, sacrificándolos todos por el rey que habian jurado!... Cuadro triste á la par que heroico fué aquel en que salieron aquellos valientes de la ciudad vencida acompañados de sus esposas, seguidos de sus hijos... andando errantes y dispersos por los arenales, sin saber adonde acogerse ni refugiarse, padeciendo hambre, viendo morir á sus hijos de fatiga, cayendo tambien algunos de ellos exánimes por tantos padecimientos... algunos de los ilustres prófugos se quedaron en el campo de Gibraltar, acogidos cerca de una ermita que habia como á una legua de distancia de la ciudad, denominada de San Roque, y en 1706 dieron principios á la fundación de esta nueva ciudad. ¡Porque no es una columna, no es un obelisco, no es una inscripción lo que testifica este hecho memorable!... ¡es algo mas grandioso y sublime!... es una ciudad que trasmite á la posteridad este hecho heroico de la mas sublime abnegación de un pueblo ilustre por el rey que habia jurado, y este grande monumento de nuestra gloria es la inclita ciudad fundada por nuestros antepasados, que nos recuerda y nos dá un ejemplo de fidelidad y sublime adhesión, dignos de imitarse por todos los buenos españoles que sean amantes de su rey y su patria.

Gibraltar, julio de 1851.

(1) Lopez de Ayala, documento número 22.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Bandera entre mil banderas,
Hermoso emblema español,
Do nunca se puso el sol
Del mundo señora imperas.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.
Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

- (1) Lopez de Ayala, documento número 16.
(2) Lopez de Ayala, documento número 17.
(3) Lopez de Ayala, documento número 21.
(4) Juan Romero de Figueroa.